

El horizonte de los '90 / La unidad de los socialistas / Perspectivas del
centroizquierda / La democracia perpleja / La revolución posible / Chile: los
socialistas y el nuevo gobierno / El Bolívar de García Márquez / Nuevo
programa de la socialdemocracia alemana / El debate Habermas-Rorty

¿Crisis de la política?

Novaro / Aricó / Franzé / Palominos / Bosoer / Weffort / Martner / Tula /
Klose / Reboiras / Rojo / Magris / García / Marimón / Ortiz / Bodei
Portantiero

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Número 20, diciembre 1989 - enero 1990 - A 3.000.-



Un Flores de ensueño, pero real

La Ciudad Futura

A fines de los años cuarenta, cuando todavía la crisis no había desalentado la confianza en la trascendencia de ciertas empresas culturales, la Municipalidad de Buenos Aires publicó una hermosa colección de litografías sobre distintos barrios y lugares de la ciudad porteña. En carpetas de sobria presentación, en un tamaño 40 x 30, se incluían en ellas litografías de reconocidos artistas de los años del primer peronismo. Algunos, como Batlle Planas, Bonomi, Larrabaga, o Alfredo Guido ya eran figuras importantes en la plástica, otros, como Castagno, comenzaban a trascender. De las ocho carpetas publicadas hemos escogido las de un pintor, Héctor Basaldúa, porque tal vez sea en ellas donde con mayor diáfania se ponga de manifiesto el trasfondo permanente de toda su obra. Un mundo de lugares humildes, de seres comunes, pero transfigurados por una luz que les otorga el velo de misterio, inquietante y conmovedor, por todo lo

que ya se fue pero que sin nosotros saberlo sigue presente. Aparece aquí un Flores de ensueño, pero tan real como el que hoy pagamos de una época a través del testimonio de un artista, el mejor de los testigos.

Héctor Basaldúa nació en 1895 en Pergamino, provincia de Buenos Aires y falleció en 1976. Por casi veinte años fue escéngrafo del Teatro Colón, obtuvo el premio Palanza, el primer premio en el salón Nacional de 1956 y el primer premio municipal de pintura en 1937. La Eudeba le encargó de la época de Spivakov le encargó en 1963 ilustrar el cuento de Borges "El hombre de la esquina rosada" para la recopilación de *Cuentistas y pintores* y también los *Cuentos de Fray Mocho* (y quién puede olvidarse de los guitarristas y malevos con que contrapunteó las *Milongas de Borges*) (Para las seis cuerdas Buenos Aires, Emecé, 1965) y algunos de cuyos dibujos hemos también incluido.

De este San José de Flores que sobrevive



Portada: El descanso en el patio de la calle Varela. Litografía

Epígrafes

- Pág. 3. Portada de litografías.
- Pág. 5. *Milonga de Los Morenos.
- Pág. 8. Jardín de la calle recuerdo.
- Pág. 9. *Un cuchillo en el norte.
- Pág. 10. *El títere.
- Pág. 11. *Milonga de don Nicanor Paredes.
- Pág. 12. *Milonga de Jacinto Chiclana.
- Pág. 14. El paseo por la calle Directorio.
- Pág. 15. *Milonga para los orientales.
- Pág. 17. *Los Compadritos.
- Pág. 18. *Milonga de dos hermanos.
- Pág. 20. Inferior. *¿Dónde se habrán ido?
- Pág. 20. Superior. *Alguien le dice al tango.
- Pág. 21. Almacén de la calle Miró.
- Pág. 23. Fragmento de El paso a nivel Cucha Cucha.
- Pág. 24. Vereda en la calle Juan Bautista Alberdi.
- Pág. 26. Fragmentos de Patio en la calle Yerbal.
- Pág. 27. Fragmentos de La calle Culpina.
- Pág. 28. Conversación en la calle Canalejas.
- Pág. 29. Fragmento de Patio en la calle Yerbal.
- Pág. 31. Fragmento de Tapia en la calle Thorne.
- Pág. 32. La noche en la Calle Caracas.

* Ilustraciones correspondientes al libro "Para las seis cuerdas" de J. L. Borges.

La Ciudad Futura

Sumario

- 2 La Ciudad Futura: Un Flores de ensueño, pero real
- 13 Francisco Weffort: La evolución posible
- 3 La Ciudad Futura: El horizonte en los noventa
- 15 Gonzalo D. Martner: ¿Deben los socialistas participar en el próximo gobierno?
- 4 Marcos Novaro: Emergencia de una nueva identidad política en el Chaco
- 17 Jorge Tula: El neoliberalismo es más que una receta
- 6 Javier Franzé: Centroizquierda: ese ambiguo objeto de deseo
- 19 Hans-Ulrich Klose: Nuevo programa de la socialdemocracia alemana
- 7 José Aricó: ¿Unidad Socialista o unidad de los socialistas?
- 21 Ramón F. Reboiras y José Andrés Rojo: Conversación con Claudio Magris
- 9 Héctor Palomino: Ni unidos ni dominados
- 24 Miguel Ángel García: El piolín de Ariadna (algunas indicaciones para salir del laberinto)
- 11 Fabián Bosser: La democracia perpleja
- 32 Juan Carlos Portantiero: ¿Crisis de la política?

Libros	
26	Antonio Marimón: Hasta que todo arda de Carlos Dámaso Martínez
27	Guillermo Ortiz: Lua Nova, revista de cultura y política del Cedec (San Pablo)
Ensayo	
28	Remo Bode: Comunicación y liberación (a propósito del debate Habermas-Rorty)
32	Juan Carlos Portantiero: ¿Crisis de la política?

La Ciudad Futura

B. Mire 2094 - 1º (1039) Tel. 953-1581

Dirección: José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Jorge Tula.

Consejero de Redacción: Javier Arqueles, Sergio Bufano, Javier Franzé, Julio Godó, Antonio Marimón, Gustavo Merino, Guillermo Ortiz.

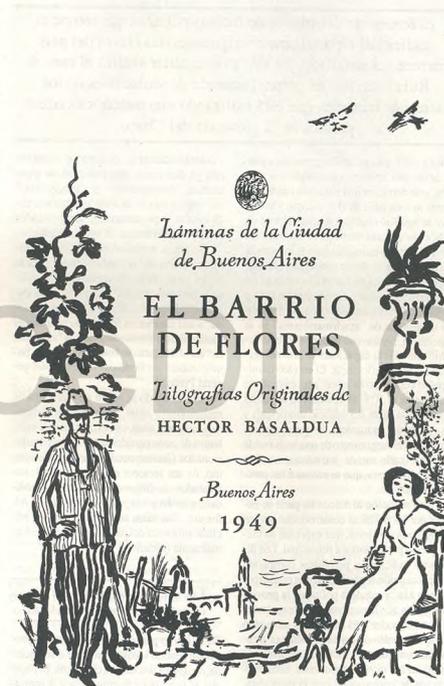
Comité Asesor: Emilio de Ipolo, Jorge Dotti, Rafael Filippelli, Oscar R. González, Jorge Korr, Carlos Kreimer, Marcelo Lozada, Ricardo Nudelman, Juan Pablo Renzi, Oscar Tesin, Héctor Luis.

Maqueta original: Juan Pablo Renzi
Diseño y Servicio de Ilustraciones: Laura Rey.
La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Cailla de Correo Nº 177, Sucursal 12, (1412), Buenos Aires. Composición e impresión: Gráfica Integral, Albaracín 1955, Cap. Fed. Distribución en kioscos del interior: Distribuidora Río IV, California 2587, Cap. Fed. Distribución en Kioscos de Capital: Sinfín, Saavedra 710, Cap. Fed. Distribuidor en librerías: Punto Sur, Julio A. Roca 751, # C, Cap. Fed.

Nº de Registro de la Propiedad intelectual: 150268.

Suscripción en el exterior (vea número) que incluye lista aérea vís 30.- Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Jáuregui.

El horizonte de los noventa



ingresado, aunque no sin lentitud, zemozno o mezquindades mutuas, a un cuadro de situación alternativo al mundo de Yalta. Ha quedado atrás la disputa bipolar entre dos fuertes bloques simétricos y hegemónicos por superpotencias y, en cambio, se perfila una etapa significada por la reunificación de Europa, las transformaciones con signo democratizador en el Este, el alejamiento del fantasma de una tercera guerra entre las naciones centrales y con teatro europeo, y finalmente hay pocas dudas de que

se plantea tanto un universo político multipolar como una reformulación de los mercados y de las competencias económicas. Ello nos propone entrar a los años noventa con una óptica que se haga cargo de este panorama, el cual, pese a los interesados apresuramientos conceptuales de algunos, no clausura la vigencia y la necesidad del socialismo, ni de las relaciones sociales bajo términos de mayor justicia, sino que potencia esas tradiciones y deseos en el marco de la racionalidad democrática.

Si la convención del calendario indica que cada diez años haya una especie de mojón epocal por el que se llevan a cabo toda clase de balances, algunos pertinentes y otros arbitrarios, o por lo menos frívolos, nadie podrá negar que la presente década de los ochenta, que está arribando a su final, deja para el análisis histórico elementos realmente trascendentes. Y eso es cierto porque ha sido un decenio en cuyo transcurso se han verificado cambios fundamentales, algunos casi impensables antes de que irrumpieran en el universo de los sucesos y de la vida.

Por una parte, dentro de lo que podemos llamar primer mundo o espacio del capitalismo avanzado, se consolidó la vertiginosa renovación de los métodos productivos surgida a partir de las nuevas tecnologías, cosa que ha otorgado a dichas sociedades también otro soplo de dinamismo, fenómeno de modernización al que como socialista no debemos dar la espalda, sino por el contrario reconocer en toda su cabal profundidad. Esto implica no el cierre de las significaciones, ni el "fin de la historia" que imaginan algunos intelectuales neoliberales, pero sí que haya relaciones más complejas, nuevos sujetos sociales, la demanda de otras formas de representación y un panorama donde los debates ya no admitan las simplificaciones del pasado, ni siquiera las del pasado reciente. Dicho salto gigantesco de las fuerzas productivas exige que sea pensada desde términos más sagaces que la mera negatividad.

Pero además, por otro lado, sería ingenuo creer que semejante proyección en el campo de la producción es ajeno a las transformaciones en cadena que se están concretando con ritmo de vértigo en los países del Este europeo. Tales transformaciones constituyen la segunda y más novedosa marca del decenio que en estos días culmina, y por sus características, como por las tradiciones políticas, ideológicas y culturales que son afectadas, no podemos desconocerlas como hechos que nos tocan muy de cerca. De una forma u otra, lo que está llegando a su cenit en el Este es la tradición y los modelos sociales del comunismo, con los cuales muchas generaciones hemos mantenido una larga vinculación de diálogo, ruptura y críticas realmente tormentosas. Ahora, son las sociedades donde la tradición comunista pudo construir en la práctica algunas de sus más netas teorizaciones, las que les han restado a sus principales instituciones, sobre todo al Partido único, omnímodo y propietario absoluto del Estado, toda credibilidad y valor representativo. Esas instituciones ya no representan—de hecho o de derecho—al todo social, ni al dinamismo o la transformación histórica, sino que son el principal obstáculo para el desarrollo libre de las fuerzas productivas, y tal certeza constituye el verdadero vigor donde se basa el sentido de la *perestroika*.

En el plano de la política, y de manera correlativa a esos grandes sacudimientos, cabe pensar que se ha

Todos estos cambios, que acá reseñamos desde el punto de vista más general, señalan tanto a la Argentina como a la región latinoamericana un verdadero, crucial desafío: ese desafío consiste, ni más ni menos, en estar o no a la altura de las transformaciones que se verifican en el mundo, y cuyo ritmo de ejecución de ninguna manera se va aacomparar al tiempo de nuestra propia historia. ¿Ha de quedar excluida América Latina de este proceso gigantesco?

Por lo pronto, vale apuntar tres condiciones para que eso no suceda: vigencia de la democracia, voluntad política de reformar nuestras sociedades y unidad regional. La cuestión de la democracia, restaurada pero todavía sin consolidación real en buena parte de los países del sur del continente, es fundamental porque sólo con ella, ejerciéndola y concienca, habrá espacio para el desarrollo de bloques sociales que elaboren políticas transformadoras y consensuadas. Simultáneamente, será muy difícil o quizás imposible que las democracias latinoamericanas se afirmen para siempre sin reformas profundas, las cuales deben abarcar—entre otras cosas—al rol del Estado en el juego económico y la inequitativa distribución de la riqueza. Y además, en el interior de un universo competitivo y multipolar, también resultará muy difícil la viabilidad histórica latinoamericana sin un programa de transformación pragmática de un mercado regional que, al mismo tiempo, sirva de palanca para negociar un papel digno con el resto del mundo.

Los problemas de la nueva década no tendrán solución, entonces, si se los piensa desde populismos de aldea, desde dictaduras autoritarias que clausuran las libertades sociales, o desde ópticas conservadoras clásicas o neoconservadoras, las que sencillamente retoman el concepto de desarrollo y modernidad para unos pocos y dejan afuera de los beneficios a las grandes mayorías. Tampoco tendrán solución si un reformismo frías que actúe apoyado por bloques sociales amplios, capaces de llenar el actual déficit de hegemonía y de consenso que viven los estados nacionales de la región y los sumen en una especie de crisis permanente. E igualmente no habrá salida factible si a la unidad latinoamericana se se la coloca en términos de utopía positiva dotada de realismo, extrayéndola para siempre del coro de resentimientos y de lamentaciones históricas que no hacen sino desplazar a otros sujetos los males y las responsabilidades propias.

En esas tareas de nuestro continente, de nuestro país y del mundo, el debate sobre el socialismo es también el debate sobre las formas, la construcción y la hegemonía con consenso, construcciones esta como una forma cultural donde la crítica y la exposición de las ideas tengan un sentido inquitadamente fuerte. Este sentido es, en definitiva, el de nuestra utopía: una utopía con el horizonte colocado en los años noventa.

La crisis y los nuevos partidos

Emergencia de una nueva identidad política en el Chaco¹

Marcos Novaro

El fenómeno del triunfo de fuerzas políticas que rompe el tradicional bipartidismo en algunas zonas claves del país merece ser estudiado. En este caso el autor analiza el caso de Ruiz Palacios, un coronel acusado de violaciones de los derechos humanos que está realizando una meteórica carrera política en la provincia del Chaco.

1983 a 1987, y su recambio peronista a partir de este año, aplicaron un "modelo de gestión" que derivó en una situación crecientemente inmanejable en el municipio y la ciudad: se agudizó el déficit municipal, con un índice de evasión impositiva de más del 60%. Continuó estimulándose el ingreso de personal, a través de los concejales que manejan las vacantes en forma discrecional (el número de empleados ascendió entre 1984 y 1988 de 2000 a cerca de 4000). Se consolidó un sistema de "apadrinamientos" en la burocracia, rayano con lo delictivo, que debilitó aún más la capacidad de proveer servicios y lograr eficiencia. El empleo municipal se concentró en tareas administrativas (solamente el 10% se desempeña en tareas productivas fuera del edificio municipal) y en categorías jerárquicas, lo que se correspondió con el surgimiento de una multitud de oficinas (cada nuevo intendente nombra nuevos directores, que se suman a los preexistentes).

Breve historia de un estratega militar y una ciudad en crisis

Ruiz Palacios fue Secretario de Interior entre 1976 y 1980 (de acuerdo a denuncias registradas por la CONADEP habría tenido un rol organizativo de primer nivel en la instrumentación de la política represiva) y desde ese año hasta 1983, fue gobernador interino de la provincia del Chaco. Durante su gestión las empresas locales del transporte y la construcción se enriquecieron gracias a los contratos leoninos firmados para colaborar en las tareas de defensa provisoria contra las inundaciones (que afectaron a Resistencia en 1982 y 1983) y la construcción de viviendas FONAVI. La municipalidad duplicó su personal para atender la emergencia (que luego se redistribuyó en áreas administrativas donde no era necesario), y se endeudó más allá de todo límite. A fines de 1983, Ruiz Palacios entregó a las autoridades democráticas un municipio en quiebra, que había desplazado buena parte de sus recursos en tierras públicas a favor de empresarios especuladores, con el parque habitacional y la infraestructura semidesérticos (la inundación y la caída de la inversión física en la ciudad determinó el deterioro acelerado de los desagües pluviales, pavimentos, sistemas de cloacas, etc.).

Las limitaciones y errores de los partidos mayoritarios, que rigieron los destinos de la ciudad desde entonces, determinaron que la crisis, en vez de solucionarse, se fuera agravando. Los intendentes radicales de

La génesis de Acción Chaqueña

Ruiz Palacios supo detectar la existencia de un vacío político en la ciudad, fruto de la falta de soluciones a la crisis y las debilidades

y contradicciones de los partidos mayoritarios ya descriptas, apropiándose de argumentos "democráticos" y "progresistas" vacantes (a raíz de su abandono por sus tradicionales representantes), resignificados dentro de un discurso de corte autoritario. Se lanzó, a mediados de 1988, al desarrollo de dos tareas fundamentales para la organización de un nuevo partido. Por un lado la presentación del "regreso de Ruiz Palacios" a la provincia como la "convocatoria" a una alternativa frente a las propuestas tradicionales, constituida de una "esperanza" en el imaginario colectivo (tal vez parangonando los famosos "regresos" del general Perón).

Por otro lado se inició una campaña de reclutamiento entre los productores agrarios medios y altos, comerciantes y ex militantes de otros partidos acualmente desilusionados (fundamentalmente del radicalismo, de sus sectores más renovadores, enfrentados a la dirigencia leonista, a la candidatura de Angeloz y desilusionados de Alfonsín). Con ellos se conformaron los núcleos militantes del partido y se lo fundó formalmente (diciembre de 1988).

Los contenidos ideológicos y la disputa por la hegemonía local

En el nuevo partido encontramos una propuesta general ideológicamente diferenciada, dirigida a la sociedad chaqueña. El papel que se le otorga a la militancia y a la formación de dirigidos, así como la concepción misma de la acción política y de la estrategia a desarrollar reflejan la intención de dar origen a un partido provincial doctrinario y organizativamente sólido. Se analizarán algunos elementos que justifican tal suposición y permiten evaluar el relativo éxito obtenido hasta este momento.

Reivindicación de valores: el localismo conservador

En primer lugar. Las proclamas del partido, sus discursos de campaña y poscampaletas y las opiniones recogidas en las entrevistas, incluyen una interesante reivindicación de valores que no puede pasar desapercibida. Contrañóndose a "la crisis de valores de la política actual", que se habría originado en el fascismo y el materialismo dominante, se reivindica la necesidad del pueblo de

recuperar su alma: "Sin sentido de Patria, deambula desorientado". ¿Cuáles son estos valores de la "Patria"? Veamos: "la capacidad moral y la voluntad de esfuerzo", que es la crisis es sobre todo, crisis de conciencia. "La unidad del cuerpo social y la participación", cuerpo social hoy quebrado por la patpat, la politiquería, las ideologías y las carencias extremas de los sectores más postergados. Se reclama la recuperación de un "estado de solidaridad", destruido por la sociedad de masas: "En las ciudades muchas veces prevalece la soledad y el anonimato", "debemos combatir la apatía social, propiciando la participación barrial, deportiva, etc., oponiéndonos al rencor social, alimentado por ideologías deformantes". Se reivindica el rol del campo y la vida rural no sólo en términos económicos, sino como "alma" de la comunidad chaqueña que se debe recuperar. El líder político es el que puede hacer surgir el Orden, de acuerdo a una idea. Se supone "la propiedad privada como pilar de la libertad" y "la seguridad", que frena "el avance de la drogadicción y la inmoralidad, ya intolerable".

Se presenta a continuación una reivindicación del "pasado", de los elementos específicos de la "cultura y la historia del Chaco", marginados a raíz de la imposición del unitarismo y el centralismo avasallador de Buenos Aires: se relata la fundación del Chaco en términos de una comunidad armónica inicial. Eran los tiempos del auge económico, de la expansión cultural, y "de la ausencia de una vida política propiamente dicha". Ya que el Chaco estaba aislado, y su sociedad era simple, la política no era aún necesaria: "la comunidad trabajó y se desarrolló en expresiones simples, sin Estado y sin dirigencia política". Pero "cuando se creó la provincia (1925), se organizó el estado y apareció precipitadamente una dirigencia política que surgió de sectores diversos, que carecía totalmente de experiencia y que se fue haciendo a golpes, siguiendo doctrinas políticas importadas de Buenos Aires". "Es por esto que los partidos nacionales son identificados como los representantes de los intereses del centro en la provincia. Esto coincidió con la formación de la sociedad de masas en Resistencia y la crisis del algodón (a partir de la década del 60). Es decir, que, dentro de esta reconstrucción mítica del pasado, la formación de la política en el Chaco habría significado la ruptura de la comunidad inicial y el comienzo de la crisis moral. La caída respecto del "estado natural" inicial.

Partido, política y poder

La actual sociedad de masas, desintegrada y carente de guías, debe ser reemplazada por la "comunidad de personas" a través de la acción política de un partido nuevo, que encarne en los nuevos valores. Este partido debe ser

"popular, no de élites; ni intelectuales, ni económicas, ni de caciques políticos".

La acción política es la acción que encarna el Deber, la acción moral por excelencia. "Se alimenta de las creencias mutuas (del pueblo y el dirigente), inspiradas en la pasión de servir". "Ello produce en el dirigente un estado psíquico que lo lleva a la acción política con sentido de deber para con la comunidad y al beneicio de la tentación de actuar sólo en beneficio personal". Sólo la Nueva Política permite atender esto y mantenerse aparte de la "vieja política". Pero como la tentación siempre subsiste, es el líder, finalmente, la garantía efectiva de la moral política.

Por lo tanto, lo que desde la Nueva Política se haga, encarna el amor por el pueblo y no es objetable desde ningún lugar de la sociedad: la nueva política se enfrenta a la "putrefacción" actual, que debe ser destruida, o destruirá a la sociedad. Por ello es que, detrás del diálogo político, y la profesión de fe pluralista, la ejecutividad atribuida al partido, y dentro de él, al líder, significa la adjudicación de un rol de autoridad casi absoluta en la conducción de la guerra contra los valores que abandonan la condición de "inmorales". Por ello, es simple politiquería: "la política partidista se ha ido reduciendo a una lucha por el poder y se ha ido alejando progresivamente del pueblo y de sus problemas concretos".

Respecto de la vida interna del partido, se enuncia el principio del "cuerpo de participación". Su enunciación incluye la intención de superar el actual personalismo, ya que "A CH no debe ser el partido de Ruiz Palacios, debe ser el Gran Partido Histórico del Chaco". Y a continuación se explica: "Este sistema que proponemos, es centralizado, pero las decisiones se toman desde arriba; pero es participativo, puesto que se toman en función de las opiniones de las bases y se busca siempre el apoyo de éstas para su aplicación". Con lo que queda bien en claro que deberá respetarse la "disciplina partidaria" y la base deberá hacerse cargo de los lineamientos impuestos. Lo que se agregará: "no debemos tener niveles de conducción estancos que se crean dueños del Partido. Ello es propio de un caciquismo político que rechazamos porque choca contra nuestra sensibilidad de ciudadanos plenos"; es decir que la coexistencia de élites competitivas, a la que se atribuye el origen de la crisis actual por generar una burocratización crecientemente ineficiente, debe ser reemplazada por la autoridad del líder, siguiendo el modelo de dominación carismática, que permitiría instrumentalizar a la burocracia, verticalizarla y encarnar valores sustanciales en la acción política. Con ellos, se supone, nos sentimos plenos "ciudadanos". El principio de autoridad clara de este modo toda posibilidad de competencia política. La nueva política no necesita, como vimos, de esa competencia" ni de las burocracias competitivas que, como ya dijimos son denostadas por su responsabilidad en la crisis, más por ser competitivas que por ser burocráticas.

Esa concepción firme implica, entonces, una colosal concentración del poder en el LIDER. Es la contraimagen de la clase política actual: "en nuestro país se viene acentuando un fraccionamiento del poder en todos los niveles. Ya nadie tiene la capacidad de poder suficiente para desarrollar una acción coherente con la crisis. Muchos tienen solo una parte del poder, que no alcanza para hacer, pero es su suficiente para obstruir. La politiquería acentúa esta máquina de trabar... La debilidad del gobierno hace que se repita un ciclo constante de Negociación-Fraccio-Parálisis-Declaración de emergencia-Medidas de coyuntura-Agotamiento-Negociación, etc.". Esta conceptualización de la crisis política protagonizada por los partidos existentes

justifica la emergencia del líder con autoridad absoluta: "una conducción que haya sabido lograr el apoyo del pueblo (Poder Político), y que sepa enfrentar con firmeza, decisión y prudencia las situaciones planteadas". Es por ello que la ejecutividad de la "nueva política" se contrapona al debate entre los partidos respecto de las medidas a tomar para enfrentar la crisis. Se dice que aceptar ese debate sería entrar en el juego de la politiquería, que es lo que se quiere destruir. Los partidos desgastados no pueden resolver la crisis, y "no puede exigírseles

que se imponen prácticamente todos los barrios. A partir de los comicios, además, ha comenzado a profundizar su presencia en los barrios más carenciados, apuntando a desplazar al peronismo a través de un intenso trabajo vecinal.

¿Qué significan estos cambios de orientación del electorado y qué consecuencias tienen en la vida política local? Aparentemente las consecuencias son profundas e incluyen modificaciones ideológicas importantes. De acuerdo a la información recogida en las entrevistas a distintos militantes

Conclusiones

Algo en lo que ACH no sólo supo innovar, sino que colocó en un lugar central de la disputa por el consenso.

Luego del triunfo en Resistencia, los dirigentes de ACH sostienen estar en condiciones de obtener la gobernación en 1991. Se ha fortalecido por lo tanto el rechazo a conformar alianzas dentro de la provincia y la pretensión de constituir una federación de partidos provinciales que pueda "marchar sobre Buenos Aires, imponiendo un nuevo modelo político".

Tal vez resulte evidente la presencia alarmante de elementos autoritarios, y aún totalitarios en su discurso. Lo no evidente, pero igualmente preocupante, es que fue la crisis del sistema de alternancia y competencia entre los dos partidos tradicionales la que parece haber generado las condiciones de emergencia de este nuevo modelo político. Y más alarmante aún es la creciente orbitación de estos elementos en el sentido común de la sociedad de Resistencia, que fue detectada en los periódicos locales y las entrevistas realizadas en distintos barrios de la ciudad. No sólo los votantes de ACH, sino sectores radicales y peronistas, parecen inclinarse por esta nueva alternativa que se presenta como superadora de las ineficaces propuestas hasta hoy conocidas. Enuncia respuestas a los problemas generalmente vistos como más preocupantes: la falta de autoridad, la inseguridad, la corrupción, etc. Al decir de un vecino "en estos años de democracia se comprobó que los derechos humanos sirven para que se abuse de ellos, para el desorden. Es necesario otra política, dejar de lado la politiquería que nos llevó a la peor crisis de la historia y hacer orden".

El avance de ACH, expresa los límites de un sistema de alternancia y peronismo basado en la posibilidad del rescate de los malos gestiones "fracasadas" del radicalismo entre 1983 y 1987, y que tampoco en el PJ durante los dos últimos años, encontró ninguna de las soluciones a sus crecientes problemas (urbanos, sociales, administrativos y políticos). La ceguera de los partidos tradicionales no parece haberse rociado con el "shock" de la derrota actual: las autoridades municipales (salientes el 10 de diciembre) están dedicadas a pasar a planta a sus asesores y personal contratado "amigo" debatiendo a su vez la posibilidad de desplazar a Ruiz Palacios de la intendencia a través de un acuerdo en el Consejo Deliberante donde los peronistas aliados conservaron la mayoría de los votos. No hay poder sordo...

NOTAS

¹ Este artículo reproduce en forma abreviada algunos datos contenidos dentro del proyecto sobre gobiernos locales en ciudades intermedias que coordina el Dr. Pedro Pérez en el Instituto Internacional de Medio Ambiente y Desarrollo (IIEDM). Otro claro ejemplo surge de las entrevistas a funcionarios, dirigentes políticos, sindicatos y vecinales y vecinos, así como de la recolección de material periodístico y documentos partidarios.

² Entre la UCR y el PJ del chaco se repartían, hasta entonces, la totalidad de las bancas provinciales, las intendencias y la inmensa mayoría de las concejalías, en un total de 198 escaños repartidos en conjunto más del 95% de los votos desde 1983.

³ En este espíritu del Chaco el día 15 de mayo a Ruiz Palacios a retornar a la provincia, y el espíritu que ACH dice encarnar para reconstituir la fuerza de la provincia.

⁴ Como ejemplo de esta clausura de la competencia basta considerar la forma en que se habría resuelto la aparición de un grupo interno disconforme con las decisiones adoptadas en la cúpula: el sector fue acudido de momento dentro de las prácticas "electorales" y "filialistas" espaciales. Otro claro ejemplo surge de la propuesta chaqueña de creación de un Comité de Aseoramiento en Resistencia, formado por delegados del partido en cada barrio. Su función consistiría en controlar las demandas vecinales y canalizarlas desde los barrios hacia el ejecutivo municipal, por fuera de las relaciones institucionales y por fuera del Consejo Deliberante. Estas acciones, con sus defectos, permitían cierta "apertura" y "representatividad" del sistema para los vecinos y cierta competencia interpartidaria.

que dirijan al pueblo con coherencia y vigor". Por ello no pueden ser interlocutores válidos en la Nueva Política. Siguiendo este criterio, durante la campaña electoral Ruiz Palacios en repetidas ocasiones se negó a participar de debates en los que se lo acusaba por su participación en la represión ilegal. Los miembros del partido entrevistados coincidieron en afirmar que no tenían sentido discutir con los otros partidos.

Los resultados electorales y su significado político

Con esta propuesta y muy pocos planes concretos, Ruiz Palacios obtuvo más de 40.000 votos en Resistencia, algo más del 37% del total. Todos los demás partidos (a excepción del PS local) fueron víctimas de este contundente e inesperado resultado.

Para evaluar la inserción del nuevo discurso en la sociedad y la vida política local se debe analizar el origen social y político de estos votos. Respecto al origen político, se puede afirmar que algo menos de 2/3 de los votos provinieron de anteriores votantes del radicalismo, principal perjudicado por el crecimiento de ACH (perdió tres concejalías de las cuatro que tenía desde 1987). Sus candidatos a concejales parecen haber alcanzado un alto grado de "expulsión" (relación entre votos a concejales y a presidente: 51.09%, sólo superado por el 64,80% de la UCEDE). Tampoco los tradicionales votantes peronistas fueron indiferentes a la nueva propuesta. En un contexto de avance del justicialismo, el retroceso local no puede pasar desapercibido (el grado de expulsión de sus candidatos a concejales fue del 25,73%). De acuerdo a los cuadros elaborados, el peronismo habría perdido el 27,11% de los votos obtenidos en 1987, derivándose la mayor parte de ellos a ACH.

En cuanto al origen social de los votos, se puede concluir que cuenta con un apoyo relativamente homogéneo en todos los sectores de la ciudad: si bien es algo mayor en los sectores medios y altos del caso céntrico que en los medio-bajos y bajos de la periferia,

políticos, podría pensarse que un importante porcentaje de los votos perdidos por la UCR provendrían de sectores afonistas, considerados, paradójicamente, como los radicales más "progresistas". Disconformes con la política y los candidatos locales y nacionales, se habrían inclinado por una opción de corte "conservador". En las entrevistas realizadas en locales de ACH se tuvo contacto con dirigentes barriales que habían abandonado ese sector porque, afirmando "era contradictorio ser auténticamente radical y apoyar a quienes siempre habían hecho lo opuesto de lo prometido, se dedicaban a negocios personales y se olvidaban de la gente". También en el peronismo, si bien en menor medida, habría indicios de movimientos similares: grupos de militantes o dirigentes barriales marginados de los "negocios" de las internas por convicción o falta de "manejo", se volcaron a una opción que, señalaron, les pareció más afín a sus "aspiraciones militantes", superadora de la "politiquería", donde podrían desarrollar un "real protagonismo". Respecto del alcance de estos desplazamientos y su peso en el conjunto de los militantes y los grupos dirigentes, sería necesario realizar una investigación más detallada.

Pero, cabe preguntarse: ¿por qué se inclinaron por esta opción y no la otra? En su parte, puede decirse, porque es la única existente. Sin embargo, hubo otros: el PS local tiene una larga tradición política en la ciudad, es reconocido y respetado durante la campaña una crítica moral y política a las gestiones municipales en muchos puntos comparable a la crítica chaqueña.

Como respuesta recibió sólo un 3,7% del total de votos, algo más que en elecciones anteriores. Las explicaciones pueden ir desde la resistencia a votar opciones de "izquierda", la nula experiencia de gobierno que posee el socialismo (al menos en los últimos 40 años), y la incapacidad para presentar un candidato con perfil ejecutivo. Pero sobre todo, creo, hay que considerar la escasa, sino nula, novedad del planteo socialista en cuanto discurso ideológico, articulador de valores, diagnósticos y propuestas.

El tránsito de una época a otra

Centroizquierda: ese ambiguo objeto de deseo

Por Javier Franzé

Hacia el momento de la fundación del partido socialista, la izquierda reformista y democrática logró, merced a la elaboración de un programa propio, ser protagonista de la vida pública. Tras la hibernación iniciada en los '40, que hoy parece llegar a su fin, los sectores que aspiran a ocupar el sitio del partido de reformas se enfrentan al desafío de reelaborar un programa político concreto, que explicité sus condiciones de posibilidad en la presente coyuntura, como requisito para su crecimiento como bloque social alternativo.

clauía también una forma de hacer política desde la izquierda reformista. El partido socialista nunca se repuso —ni se sobrepujó— del fin de la época que lo había generado, por causas a las que no fueron ajenos sus propios límites ideológicos y organizativos. Nunca más volverá a darse el fenómeno de un partido socialista fuertemente enlazado a las clases subalternas.

El nuevo modelo de acumulación abierto en los '30 y '40, del cual el estado era el pivote que cohesionaba la alianza entre un socio mayor, la burguesía industrial y rural, y un socio menor, la clase trabajadora industrial, permitió, gracias a una sustitución de importaciones que posibilitaba, vía redistribución, aumentar el consumo popular y así la ganancia del capital privado mercaderista, soñar el sueño organizista de la "comunidad organizada". La izquierda quedó sin respuesta. Eclipsada por el nacional-populismo, y cegada por ese destello, adhiere a la programática; confundió nacionalización con socialización, sindicalismo de estado con autoorganización obrera, e hizo propia la consigna de "justicia social" (es decir, la reorganización capitalista del consumo popular (plano de la distribución), no de los medios de producción; reorganización del consumo que además era funcional en esa etapa al capitalismo asediado estamentalmente, productor de bienes de industria liviana para el mercado interno, en tanto ampliaba su mercado de consumidores.

Al quedarse sin programa propio y mimetizarse con el nacional-populismo, la izquierda reformista no hizo otra cosa que terminar de sellar el hiato que la separaba de las clases subalternas. A fin de recomponer su base social, abandonó su posición de izquierda, pero finalmente no se religó a las capas populares. Sentimentalmente, lo perdió todo.

Peró el refugio que le brindó el populismo, no le permitió reunir imaginariamente su identidad de izquierda con una base social popular, hoy parece estar siendo desmantelado por aquellos mismos que antaño lo edificaron. La izquierda, seguidista al fin, ha sido la última en enterarse. Una parte de ella ha extendido el patetismo y prefiere curarse con lo último que va quedando de aquel confortabel recodo: es la que perma-

nece en el FreJupo (vg. PSA, PTP, PI). La otra, que es la que nos ocupa, ha quedado en un brete de proporciones. Es que la asunción por parte del peronismo de su propia identidad conservadora-popular la ha arrojado a un dilema: la orfandad en que ha quedado le ha abierto la posibilidad de, finalmente, intentar reconstruir su vínculo con los sectores subalternos sin abandonar su posición de izquierda; pero a la vez, esa misma orfandad la ha dejado desprovista de discurso. O mejor, la ha colocado frente a una tarea de tránsito ideológico (el cual paradójicamente no es más que una vuelta a su original paradigma de pensamiento) que, por una parte, parece no captar, y por otra, parece no poder resolver.

Otra vez se ha acabado una época, y con ella una forma de hacer política para y desde la izquierda reformista. ¿Será ésta nuevamente impotente para sortear tal escollo?

Nuevos viejos tics

Una de las marcas que le ha quedado a la izquierda tras su experiencia histórica de refugio en el nacional-populismo es, además de un discurso donde los tines nacionalistas han ido ganando terreno en forma creciente sobre los manifiestos socialistas, un modo de encarar la práctica política signado por una suerte de exterioridad respecto de la cosa pública.

Esa exterioridad respecto de las cuestiones públicas, embrión de aquel desmembramiento del programa propio, se expresa en dos rasgos de su discurso actual: la queja y el deslogo.

La enunciaci3n desde la queja se hace visible, por ejemplo, cuando se profesa el actual "dominio ideológico-cultural neoliberal", generador de "resignaci3n, desmovilizaci3n y anomia colectiva", o el "bipartidismo". Conviene recordar que sólo cuando una fuerza política se piensa a sí misma inserta en una determinada relaci3n de fuerzas, propia de la sociedad donde actúa, puede hacerse cargo de que, en parte, el triunfo del adversario es inescindible de un cierto grado de debilidad propia. Si se piensa afuera de esa relaci3n (es decir, afuera de la sociedad), a la manera de un espectador-fiducial, la l3gica de esa exterioridad la conduce es-

trechamente a un estado de disgusto (propio del sentimiento de ajena) por la derrota. En cambio, si ha tomado parte de la disputa, si se siente involucrada en ella, repensará los elementos con los cuales ha contribuido al triunfo adversario (su derrota), resultado que asumirá como propio y no como un designio demontaco (exterior).

La otra cara de esa exterioridad se transparenta en lo que, licencia psic3logista de por medio, podr3a denominarse enunciaci3n desde el deseo. Porque, por ejemplo: ¿qué efecto de sentido se quiere producir cuando, sin más, se propone como tarea política urgente la "socializaci3n del poder"; cuando se enuncia, también sin otra explicaci3n, que es necesario "cambiar el modelo de acumulaci3n vigente por otro basado en la regulaci3n de la tasa de ganancia"; o, finalmente, cuando se habla de una "reforma cultural del estado no en términos de eficiencia sino de autogesti3n"?

Quienes hablan por ese discurso, ¿qué criterios suponen que manejan sus interlocutores (la ciudadanía) para prestar consenso o no a un determinado programa político? Lo que se interroga es cuál es el criterio de legitimaci3n de su propio discurso que manejan quienes enuncian, y cuál suponen que es el que sostienen quienes son sus auditores.

En efecto, es este un discurso que se autotejme de la responsabilidad política de formular una programática teórica que tenga por base un sustento práctico. No práctico en términos de "creble para la derecha" ni con el afán de borrar su costoso teóricismo; sí práctico en el sentido de asumir que el carácter progresista de una política se juega no sólo en su sentido abstracto, sino también en su significado aplicado, es decir, en las condiciones de posibilidad para su realizaci3n de voluntad (si no, no es una "política").

De lo que se trata es de hacerse cargo de que una formaci3n política con vocaci3n de poder no legitima su carácter progresista por enunciar, en todo momento y lugar, reivindicaciones que se encuentran en su dec3logo tradicional, sino porque ha construido programas progresistas y ha demostrado que son viables (las etapas revolucionarias, aún las más ampulosas, no fueron lo imposible puesto en acto: también fueron, en su punto, lo viable).

No se es progresista porque se repudie aquello que traba la "felicidad del pueblo" y se deselle la prona mejilla de la situaci3n social, aunque sin saber muy bien cómo realizarlo.

Volviendo al comienzo, la izquierda reformista en Argentina logró ser protagonista de la vida pública cuando, merced al estudio constante y riguroso de la problemática social, instaló programas en la sociedad que venían a demostrar, además, que la práctica política posible no era sólo aquella que definía el bloque hegemónico. Así, construyó "su" posible, el de los grupos subalternos.

¿Pueden hoy los sectores que aspiran a ocupar un espacio y un rol político semejante (lo que se expresa vagamente como "centroizquierda") enunciar sus posturas sobre temas cotidianos como flexibilizaci3n laboral, reforma impositiva, subsidios, reforma del estado o política cambiaria?

Lo que aparece, en verdad, es un movimiento que de alguna manera está condensando el derrotero de las últimas décadas de la izquierda reformista y democrática: una huída hacia adelante. Este gesto es el que ha reemplazado el hueco del programa propio por una serie de reivindicaciones dirigidas a

interpelar una cierta moral social (por ejemplo, cuando esta izquierda se coloca a sí misma frente a la sociedad civil sólo como garantía de no corrupci3n administrativa; o, en otro nivel, cuando apela sin más a los sectores de mejorar el nivel de vida de los sectores populares. Sin duda, el componente ético es un pre-requisito constitutivo de toda política socialista, pero no suficiente *per se*.

Este movimiento de huída está condensando también otro sentido, tal vez más profundo. Sin programa ni bloque social propio, alejada por tanto de cualquier tipo de poder y refugiada tras el nacional-populis-

mo (con su consiguiente grado de mimesis ideológica), la izquierda reformista ha construido su discurso desde la pura subjetividad, y es por esto que es precisamente una enunciaci3n desde el deseo. Las consignas precitadas son la prueba. La predominancia del elemento subjetivo es lo que ha desplazado la explicitaci3n de las condiciones de posibilidad de las reivindicaciones que se enuncian. Como herencia de su mimetizaci3n ideológica con el populismo y a la vez efecto de su distanciaci3n de todo tipo de poder social, la izquierda reformista ha adoptado un sesgo voluntarista, espontaneo-

ista, que ha arrumbado (seguramente por "teorizaci3n" o "posibilista") la tarea de condicionar como primordiales las condiciones objetivas, la relaci3n de fuerzas sociales dentro de las cuales se despliega toda política de reformas.

Cuando se produjo la remodelaci3n social de los '30 y '40, la izquierda vino tarde las nuevas preguntas que surgían, y las respondió mal. Hoy, con el advenimiento de un nuevo ciclo, corre el riesgo de caer en la tentaci3n de pensar su cambio de discurso como una modernizaci3n de las viejas respuestas, sin ver que las preguntas son otras.

Un debate que debe tornarse público

¿Unidad Socialista o unidad de los socialistas?

José Ari3o

Los signos alentadores de una revitalizaci3n del socialismo en la Argentina. El triunfo de Rosario y sus perspectivas. Un coloquio sobre democracia y reformas sociales que debe ser proseguido. Limitaciones de la capacidad reformadora de los grandes partidos. Los avatares de un debate sobre la unificaci3n del socialismo que debe necesariamente ser público. Interrogantes que se plantean sobre la naturaleza y los tiempos de fusi3n de culturas políticas diferenciadas.

vallero demuestra que el vacío político creado por la crisis del radicalismo y del peronismo puede ser cubierto por fuerzas democráticas y avanzadas y no necesariamente por los neopopulismos autoritarios y conservadores de los Bussi o de los Ruiz Palacios. Y en tal sentido, la victoria de la Unidad Socialista contribuye a consolidar el socialismo que anidan en los diferentes estratos de la sociedad. El socialismo argentino está dando muestras de querer abandonar la vida letrada en que por tantos años se mantuvo y ocupar, en el escenario político nacional, un espacio ¿por qué no mayor? del que alguna vez ocupó. No sólo como una fuerza de sostén del orden democrático construido en 1983, sino también y fundamentalmente como un movimiento de transformaci3n económica, política y cultural de la sociedad.

El primero de los hechos significativos a los que hago menci3n lo constituye, y como no podía ser menos, el triunfo de la Unidad Socialista en las elecciones municipales de Rosario. Que un intendente socialista haya sido votado por la mayoría de la poblaci3n de la segunda ciudad de la Rep3blica, y que por tantos años fuera un basti3n del peronismo, tiene una relevancia que ningún disimulo de los medios puede ocultar. No debemos ser ingenuos y creer que se ha tratado aquí de la conquista permanente de un electorado ganado por el ideal socialista. Pero sí es una demostraci3n evidente de que, en circunstancias favorables, una figura política intachable, un programa sensato y acorde con las necesidades populares, y una campaa de moralizaci3n de la funci3n pública, pueden romper la l3gica perversa de la polarizaci3n en torno a los grandes partidos y permitir que una ciudadan3a asqueada de la corrupción política vote por alternativas de cambio. El triunfo del socialista Ca-

lla. El hecho de que este coloquio, organizado por socialistas, contara con la participaci3n como expositores de intelectuales y militantes de otras corrientes políticas democráticas (radicales, peronistas, intransigentes, demócratas cristianos) mostró, además, la amplitud de las coincidencias programáticas que aproximan a los sectores más renovadores de las grandes fuerzas populares. Sin embargo, para todos resultó claro que no son suficientes los buenos propósitos para erosionar el poder de una l3gica corporativa al servicio del status quo y de la conservaci3n de un sistema que genera profundas desigualdades y crisis permanentes.

Para que un proyecto más o menos global de reformas del sistema político y de la vida económica pueda abrirse paso se requiere de un consenso estable y organizado de las clases populares que supone la constituci3n de un bloque social y político de transformaci3n. Las coincidencias programáticas —sobre las cuales, aun falta mucho por discutir y elaborar— hacen posible plantearlo como un objetivo estratégico para un futuro no lejano. Pero aun sigue pendiente el abismo que separa las intenciones de la capacidad real de gobierno de las fuerzas populares. El fracaso del proyecto de reformas encarado por el gobierno de Alfonsín, y el abandono de buena parte del programa por el actual gobierno justicialista de Menem, debe hacernos reflexionar aún más sobre las profundas limitaciones —teóricas y prácticas, de concepci3n de las fuerzas políticas y de voluntad reformadora— de los grandes partidos. Limitaciones, al fin, que recaen sobre toda la clase política en su conjunto y que provocan una distancia, peligrosa por sí misma, entre

sistema político y vida de la sociedad. Superadas supone muchas más cosas que las que están dispuestos a encarar dichos partidos. Pero una de ellas, y tal vez la fundamental, sea la creaci3n de un espacio público donde puedan dirimirse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la fuerza de ser y la necesidad de una fuerza socialista de nuevo tipo, con un claro sentido democrático y reformador, capaz de dempeñar una funci3n de estímulo y fermento crítico, pero también de organizaci3n y de acci3n política.

Un tercer hecho a subrayar es la revitalizaci3n de la vida política y cultural de los partidos socialistas que protagonizan hoy la experiencia de la Unidad Socialista y que desde hace ya un tiempo encaran la posibilidad de su unificaci3n. A nadie se le escapa la importancia que en la actual dispersi3n del socialismo adquiere un proyecto de esta magnitud. Resulta imposible imaginar un proceso de recreaci3n de un futuro partido socialista unificado que no dependa en gran medida de los resultados del debate en el Comité del Partido Socialista Democrático y el Partido Socialista Popular. En tal sentido, el compromiso público asumido por ambas organizaciones, referendado por sus recientes congresos de Mar del Plata (PSP) y de Buenos Aires (PSD), de proseguir en la búsqueda de los caminos que posibiliten una futura fusi3n, alienta las esperanzas de los socialistas sin partido, entre los que me incluyo, de que a cien años de la fundaci3n del primer Partido Socialista en la Argentina sea otro, renovado y poderoso, el que asuma su herencia. Son estas las razones por las que no debemos considerarnos a los debates sobre la eventual unificaci3n como un asunto interno de las organizaciones que conforman la Unidad Socialista, sino como un hecho que interesa a todos los socialistas y, en particular, a los que con *La Ciudad Futura* pretendimos contribuir al logro de este mismo propósito.

Creo que este es el sentido de la reciente declaración del Comité Ejecutivo del Partido Socialista Democrático del 8 de septiembre del año en curso cuando invita a su-



marse al objetivo de constituir un sólo y único Partido Socialista "a todos los partidos, agrupaciones, clubes y ciudadanos que adhirieran a los postulados de la Internacional Socialista" y a los principios que inspiran en sus sucesivas declaraciones y cuya última es la del congreso de Estocolmo (1989) reproducida en *La Ciudad Futura* 17-18.

Si la compleja tarea de constituir un sólo y único partido socialista no puede resultar simplemente de la fusión de las organizaciones existentes sino de una vasta confluencia que posibilite una efectiva refundación de un partido inexistente, caben entonces dos preguntas sobre las que resultaría útil provocar un debate público. Ambas se refieren al estado actual de las conversaciones internas a la Unidad Socialista y aranean del reconocimiento de que sus resultados habrán de gravitar decisivamente sobre el destino futuro del partido que queremos crear los socialistas. Como los términos de tales conversaciones no son públicos las preguntas que planteo surgen de la observación directa de las posiciones que adoptan y explicitan públicamente ambas corrientes socialistas. Y así deseo que sean recordadas.

La primera pregunta se refiere a la naturaleza y a los tiempos del proceso de fusión de dos organizaciones que tienen distintas tradiciones y culturas políticas. Es evidente y surge a primera vista que las convergencias programáticas alcanzadas y que fundan las propuestas electorales de la Unidad Socialista no disuelven las diferencias ideológicas, doctrinarias y culturales que las distinguen. Los acuerdos son más bien de propósitos generales —el objetivo de un único partido socialista—, y de coincidencias más propagandísticas que políticas en la medida que no pueden ser puestas a prueba por el ejercicio concreto de gobierno. Mientras se comparten temas de fondo como la reforma del estado, la descentralización de la economía incorporando la cogestión y las administraciones autogestionarias y cooperativas, se tiene una apreciación radicalmente opuesta de la naturaleza de la crisis argentina. Si unos creen poder remontarla al modelo de crecimiento que se conformó a fines del siglo pasado, los otros la definen como la desintegración de un modo de vinculación histórica entre capitalismo y estado y entre estado y masas que iniciado en la década del '30 encontró en el peronismo una forma política homogénea que ya no puede funcionar. Si el discurso de unos no oculta su tinte populista y a veces hasta patriótico, el de los otros no parece haberse despendi-

do íntegramente de una tradición elitista y anacrónica.

Estas diferencias conceptuales sobre la política, las relaciones entre estado y sociedad, los problemas económicos y sociales, los actores sociales, que se remiten a visiones históricas y a tradiciones distintas, no existen solamente entre organización y organización, sino que habitan en el interior de cada una de ellas. Fundamentalmente en el interior del socialismo democrático, donde la extinción de su núcleo histórico, la incorporación de nuevos militantes muchos de ellos jóvenes, y la distancia crítica respecto de una tradición que ya no puede ser asumida en bloque, lo vuelve más permeable a los filones ideológicos de matrices diversas de los tradicionales. El socialismo popular, en cambio, muestra una resistencia mayor a la renovación del discurso socialista y una adhesión incondicional al patrimonio teórico y doctrinario que le dio origen hace de él una organización desamantada y homogénea. Como es lógico, estas culturas diferenciadas se sustentan sobre modelos organizativos distintos: abierto y pluralista el primero, cerrado y verticalista el segundo.

Si hay algo de razón en lo aquí expuesto, ¿qué tipo de discusión y a través de qué formas organizativas transitorias es posible imaginar una fusión real y no la absorción de un partido por el otro? Pienso que lo que obstaculiza una profundización del proyecto unificador es el hecho de que estos temas centrales son dejados de lado porque se adopta el falso, o por lo menos ilusorio, criterio de que en un proceso de fusión debe privilegiarse lo que une y no lo que separa. En mi opinión es exactamente lo contrario. Es lógico que se busque una confluencia de fuerzas distintas en tanto a objetivos que se creen comunes la buena voluntad de los participantes está puesta en privilegiar las coincidencias y obviar las diferencias. Así se conforman los frentes electorales, por ejemplo, y esa modalidad determina sus virtudes y sus limitaciones. Pero cuando se trata de fusionar organizaciones diferentes, y con rasgos en algunos casos radicalmente opuestos, deben privilegiarse las diferencias porque sólo a través de su mediación dialéctica —permeabilizame un término que se ha vuelto anacrónico— es posible abrir paso a una nueva organización política. Y cuando digo mediación me refiero a una forma de tramitar el conflicto que no acepta su neutralización, sino que provoca un debate cultural en el que lo que resulta es algo diferente de los términos iniciales en los que se planteó el conflicto.

Una fusión es, por esto, un proceso muy difícil de lograr y que demanda de quienes intervienen una dosis

mayúscula de buena voluntad, de inteligencia crítica y de distancia respecto de los propios argumentos. Se tiene que estar dispuestos a cambiar si las razones de los demás aparecen como valdaderas, pero esto sólo puede ser posible si las opiniones propias, como bien dice Hirschmann en un artículo publicado en esta revista (*LCF* 16), no son demasiado firmes. (Y me refiero a las opiniones y no a los valores que se defienden, porque siendo dos cosas distintas tendemos con demasiada frecuencia a confundirlas). Cuando se trata de fusiones de culturas políticas, que afectan hasta motivos existenciales de los participantes, los debates deben ser amplios y fundados en un patrimonio de ideas que incorpore las diferencias y sus raíces históricas y conceptuales.

Se me podría objetar que una fusión política no es la creación de un club donde se debatan ideas. Y esto es verdad. Pero ninguna acción política, en el sentido que los socialistas asignan al término, tiene validez y permanencia si de algún modo no se asienta en procesos comunicativos en los que la homogeneidad alcanzada sea democrática y no autoritaria, o verticalista, o carismática, o como se quiera llamarla. De este modo es posible abrirse a procesos de reformar intelectuales y morales que generen militantes políticos de nuevo tipo y no tozados propagadores de una fe en la que sólo ellos creen.

Un proceso de fusión requiere entonces de un proceso cultural y político a la vez que posibilite a un organismo desplegar una acción propia al mismo tiempo que se va transformando. Supone, por lo tanto, formar organizaciones transitorias y metodologías de trabajo que las pongan a prueba experimentalmente. En tal sentido, es posible pensar qué caminos intermedios como una confederación de partidos y agrupaciones socialistas pueden resultar valiosos si demuestran ser capaces de generar instancias de intervención que requieran procesos concretos de fusiones: en el trabajo universitario, por ejemplo, o en los barrios y ciudades, etc.

Es evidente que estas operaciones culturales y políticas necesitan de publicaciones, revistas o boletines donde puedan confrontarse experiencias y lograr síntesis, aunque transitorias, efectivas por sí mismas. Lo que supone tomar público los términos reales del debate, su complejidad y el error que significa suprimirlo, o soslayarlo, detrás de las urgencias de unificaciones motivadas por lo general por coyunturas electorales. Así como un partido político se fortalece, a veces, con su división, no siempre una unificación apresurada da como resultado una organización más potente y capaz de gravitar en forma constante en la vida nacional. Está demasiado presente el ejemplo de la re-

fundación del Partido Intransigente y su descomposición actual como para que deje de advertirnos sobre los peligros de una transitoria unificación política sin una correspondiente fusión de culturas.

La otra pregunta, o más bien inquietud, que me suscita el actual debate en curso en la Unidad Socialista, es su carácter casi secreto y excluyente. Del tema hablan muchos, y de distinto modo, pero es inútil buscar en los periódicos de ambos partidos, o en publicaciones de cualquier tipo que respondan oficial u oficiosamente a tales partidos, referencias concretas que vayan más allá de las declaraciones de intenciones. No podría precisar hasta qué punto las organizaciones de base y de distrito lo discuten, pero tengo la impresión que no ocurre así. Más aún, cuando he tenido conversaciones al respecto encuentro más resistencias que una clara y definida voluntad de fusión. La situación, por tanto, se me parece como contradictoria. A un deseo vago y genérico de unificación que anda en todos los socialistas no se le corresponde un amplio debate en las organizaciones de base, ni una publicidad adecuada de los términos en los que las máximas autoridades de ambos partidos ponen la cuestión. El peligro consiste en que un resultado en favor de la iniciativa, que resulte de un acuerdo de cspide, sea contradictorio o resistido pasivamente por una base no preparada para tal fusión.

En tal caso, el loable y compartido propósito de unificación no podría dar como resultado el núcleo originario de ese nuevo y gran partido que todos deseamos sino una corriente pobre de teoría y limitada en su acción, incapaz de atraer a su seno a los miles de socialistas dispersos o agrupados que genera y alimenta la crisis argentina. Para que el proyecto no se frustre es preciso ir más allá del llamado genérico a que se sumen a lo existente, y estimularlos para que en cada lugar donde estén formen sus propios organismos, clubes, ateneos, periódicos, revistas, asociaciones de todo tipo, en condiciones de tomar en sus manos la gran tarea de organizar un partido socialista nuevo por sus ideas, por su capacidad de entender el mundo en el que vivimos y por su voluntad de transformarlo.

Por todos estos motivos pienso que el actual debate de la Unidad Socialista debe escapar del atollón en que está enredado y tornarse del todo público que sea necesario para que tenga efectos políticos positivos y perdurables. Y porque así lo pienso me he permitido expresar públicamente mis inquietudes y comprometer una revista a prolongar un debate que comenzamos hace tiempo pero que no por causa nuestra quedó interrumpido.

La fractura de la Confederación General del Trabajo, producida en el congreso de la central realizado el 10 de octubre, fue consolidándose rápidamente. La división entre una fracción de sindicatos incorporados a la esfera de acción estatal, los de la CGT Androni, y una fracción marginada de esa esfera (por vocación de autonomía o por exclusión del poder), la CGT Ubaldini, dramatiza la compleja relación entre los sindicatos y el peronismo inaugurada por el gobierno de Carlos Menem.

Por primera vez en la historia del sindicalismo peronista, un gobierno de este signo tiende a dividirlo más que a unificarlo. En la década del '40, la incorporación estatal de los sindicatos operó su unidad ideológica y organizativa, luego de un extenso período de escisiones entre corrientes rivales. El soporte social de esa incorporación y su elemento legítimamente, fue la adhesión de las masas obreras a un líder y un régimen político que proponía una dirigencia progresiva del ingreso, la extensión de la previsión social y, en general, la inclusión de vastas mayorías a la salud, la educación y la vivienda. Esa época marcó de modo perdurable las orientaciones de los sindicatos, quienes buscaron reproducir en diferentes períodos y bajo diversas circunstancias, una vinculación con el Estado en la que el sacrificio de la autonomía sindical era la contrapartida del monopolio de la representación y el poder político de los dirigentes.

Una situación inédita

La situación actual dista de aquellos fulguros originarios. Una crítica situación económica y un Estado acortado en su capacidad de acción y carente de recursos, constituyen límites objetivos para una redistribución de ingresos favorable a los trabajadores. Por si fuera poco, la política económica oficial parece reflejar una "huida hacia adelante" ante los problemas. La profundización del ajuste económico y su secuela negativa sobre el nivel de salarios, más bajos aún que durante los años previos, la privatización de empresas públicas, las ventajas financieras concedidas a los inversores locales y extranjeros —en especial el mecanismo de capitalización de la deuda externa—, las concesiones otorgadas a los empresarios —incluyendo la cesión de ministerios íntegros por su gestión por grupos económicos privados— y una legitimación simbólica de la acción de esos grupos en el discurso oficial y en la promoción de normas jurídicas —desde las succionadas leyes de emergencia y de reforma del estado hasta el proyecto de ley de empleo.

Todo esto dista, en general, de aquel "equilibrio" o armonía entre el capital y el trabajo que constituyera el núcleo doctrinario básico y una guía práctica de acción para el populismo peronista. Dígamos, en esos mismos términos, que la balanza se ha inclinado manifestando del lado del capital. ¿Qué significado adquiere en un contexto semejante, la incorporación estatal de los sindicatos? De las viejas tradiciones sólo parece quedar en pie la posibilidad de dis-

La larga espera del sindicalismo argentino

Ni unidos ni dominados

Héctor Palominos

La actual política económica rompe en la práctica la "armonía entre el capital y el trabajo" que constituyó el núcleo doctrinario del populismo peronista.

Detrás de la división de la CGT se evidencian las contradicciones de un sindicalismo fuertemente conservador, tan alejado de la construcción de alternativas económicas y políticas como de la sumisión sin concesiones al estado. Ni unidos ni dominados, los dirigentes sindicales peronistas parecen instalados en una larga espera, sin un futuro previsible.



har desde el Estado el mapa sindical, mediante una activa intervención sobre las organizaciones. Esta intervención se lleva a cabo en dos planos, el del Ministerio de Trabajo que opera en la organización interna de los sindicatos y en la esfera de las relaciones laborales, y en el plano del apoyo financiero a los sindicatos desde el organismo —INOS/ANSAL— encargado de redistribuir recursos a las bases sociales.

El control estatal

La intervención del Ministerio de Trabajo sobre los sindicatos se manifiesta de diversas maneras. El apoyo a determinadas

fracciones rivales en sus disputas internas —caso de la UOCRA donde el Ministerio facilitó el acceso a la dirección del funcionamiento del Ministerio G. Martínez y el desplazamiento de Ubaldini A. Farías—, en la modificación de la norma de funcionamiento de la organización cuando ello no favorece a los aliados —caso de la suspensión de la elección en el sindicato Capital de ATSA, donde la lista que respondió al oficialista West Ocampo corrió riesgo de derrota, lo que finalmente ocurrió—; en la intervención lisa y llana del sindicato —como en Canillitas— por parte del Ministerio.

La intervención del Ministerio afecta también las relaciones laborales. En primer lugar la determinación de los salarios, en la

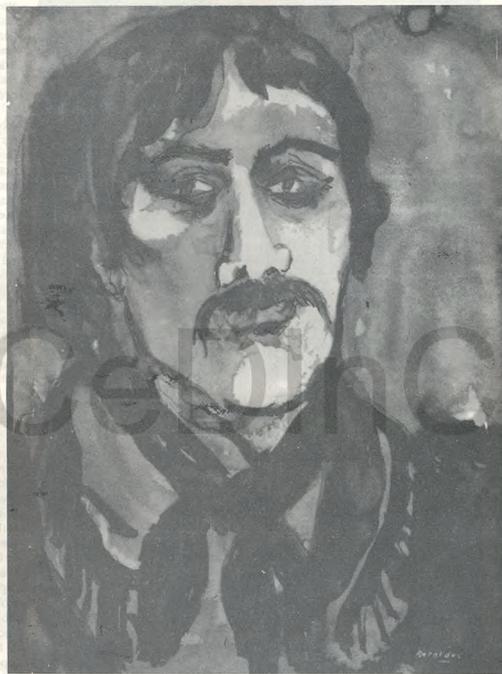
medida que mantiene congelado el salario mínimo en 20.000 A, nivel fijado en julio por el Consejo del Salario Mínimo. El Ministerio no convocó nuevamente al Consejo, como correspondía, con lo cual mantiene de hecho un nivel irrisorio del mínimo que favorece la "flexibilización" salarial. En segundo lugar, no sólo actúa por omisión, sino que interviene activamente en las disputas entre el capital y el trabajador favoreciendo precisamente a éste último. El caso más reciente de intervención ha sido la convocatoria al arbitraje obligatorio en el conflicto entre la UTA y los empresarios del transporte automotor. Cabe señalar que esta norma, proveniente del gobierno de Onganía, facultó al Ministerio para resolver en los conflictos eliminando prácticamente el derecho constitutivo de huelga. Casualmente (fue) el árbitro gubernamental designado (y uno de los gestores de esa norma durante la "revolución argentina".) Previamente a esta intervención —que a todas luces fue dirigida contra el sindicato mediante una medida que se pretendió ejemplarizadora— el Ministerio había impulsado la detención oficial de dirigentes de la UTA en Mar del Plata. Por último, la presión del Ministerio se hace sentir de modo no manifiesto, o a través de intervenciones oficiosas, en numerosos conflictos laborales que mantienen diversas situaciones. En este caso se multiplicaron las críticas sindicales ante una intervención del Ministerio que, en nombre de la paz social, muestra predilección por las posiciones empresarias. Tal vez haya sido este estilo de intervención del Ministerio Triaca el que haya llevado a algún empresario a verlo entronizado en el gabinete como un potencial "Primer Ministro", en caso que tal figura institucional se incorporara a nuestro sistema de gobierno.

Además de la intervención del Ministerio, desde las esferas estatales se busca incidir en el ordenamiento sindical mediante la distribución discrecional de recursos financieros. El gastronómico Luis Barrionuevo fue designado Director del ANSAL bajo cuya jurisdicción funciona el INOS, organismo que recauda un porcentaje de las contribuciones de las obras sociales y las redistribuye entre aquellas que padecen problemas económicos. La situación económica afecta particularmente a las obras sociales debido a que perciben ingresos devaluados por la inflación y a la demora sistemática de los empresarios en girar los fondos correspondientes a las obras sociales. Ello ha determinado una difícil situación para numerosas entidades que se vieron obligadas a suspender los servicios a sus afiliados, tornando más crítica aún la situación de numerosos segmentos de trabajadores. Desde un amplio espectro sindical se han dejado críticas a la gestión de Barrionuevo, quien parece utilizar esos fondos como un mecanismo de cooptación de aliados —a través de su otorgamiento— y de castigo a los competidores u opositores —mediante la denegación de la asistencia financiera—. Por otro lado, el propio Barrionuevo ha intervenido directamente en la disputa sindical, no sólo aportando número a los delegados al Congreso de la CGT, sino también

América Latina y la crisis

La democracia perpleja

Fabián Bosoer



La conquista del estado de derecho y de una institucionalidad democrática no estuvo acompañada en los países del Cono Sur por transformaciones económicas y sociales que alejaron del horizonte el peligro del colapso económico y los efectos del atraso y la marginalidad. Las ilusiones por los grandes cambios cede su lugar a un realismo pedestre, sin fronteras, y que acepta como un mal menor el discurso simplista —y por tanto irresponsable— de quienes pretenden soslayar la política para resolver problemas que reclaman aun más política, aunque de otro tipo.

Una galería de estocicos presidentes constitucionales comandó con mayor o menor pericia, con mayor o menor suerte, estas verdaderas naves averiadas en medio de la tormenta. ¿Cuántas cosas en común tendrán cultural y poco ha podido hacer para revertir el colapso económico, el atraso y la marginalidad.

León Febres Cordero (y podríamos ya agregar a la mesa a Carlos Andrés Pérez, Rodrigo Borja y Jaime Paz Zamora!

Todos ellos (excepto los tres últimos) culminaron sus mandatos sin interrupción institucional, sin haber restringido mayormente las garantías ciudadanas, sin haber cerrado los Parlamentos ni persegui-

do sanguinariamente a los opositores ni acallado con violencia las críticas. Sin haberse ensoñado en el poder y sin haber hecho abuso de éste para la represión salvaje y el terror. Jamás había vivido semejante situación floreciente nuestra región, y por ello nadie duda hoy en señalar que la democracia es el único camino para América Latina y que esta década ha sido la década de la refundación de la democracia en América.

Sin embargo, poco han tenido para festejar estos mandatos que se han ido exhaustos de la presidencia de sus países, golpeados por intonadas militares, explosiones sociales, ataques terroristas, derrumbes económicos y dislocos financieros y el natural desgaste de sus gestiones en medio de todo este marasmo. Si multitudes en las calles y las plazas los llevaran al poder en un clima de algarabía, sus últimos días han oscilado entre la indiferencia pública y la franca hostilidad.



fuerzas de choque reclutadas en la "barra brava" del Club Chacarita Juniors durante los enfrentamientos callejeros que precedieron las sesiones del Congreso.

Posiblemente el momento culminante de intervención estatal de los sindicatos haya sido el propio Congreso de la CGT. Allí, la mezcla de funcionarios con dirigentes sindicales fue tan enmarañada que la fracción derrotada, liderada por Ubaldi, se retiró del Congreso en nombre de, entre otros argumentos, la autonomía sindical, lo cual en un movimiento amasado con la materia estatal de cabo a rabo no deja de ser un consentido. O, tal vez, el descubrimiento de un viejo significado del movimiento sindical, particularmente interesante en un momento como el actual donde sus vínculos con el Estado se replantean.

La intervención del Ministerio, reconociendo la legitimidad de una de las dos CGT, la liderada por el dirigente de Comercio

Guierino Andreoni, aparece como un momento culminante de la gestión de Triaca, en la medida que sanciona institucionalmente la fractura de la central. Téngase en cuenta que la fracción que no es reconocida por el Ministerio ocupa el edificio de la CGT y es, además, reconocida judicialmente.

La respuesta social

¿Qué es lo que alimenta esta fractura? ¿Cuáles son los elementos del contexto que accentúan su perdurabilidad, más allá de las constantes referidas a la unidad de ambos sectores? Debe tenerse en cuenta, antes de sobredimensionar su significado, que en la medida que la CGT es sobre todo una agencia política, su quiebre produce un realineamiento de dirigentes pero no provoca fracturas organizativas en los sindicatos. A lo

más puede agudizar la disputa interna dentro de las organizaciones.

Un primer aspecto a considerarse es el de la adhesión o rechazo de la base social de los sindicatos a los dirigentes que se suman a la política oficial. Un indicador de esta adhesión o rechazo es el comportamiento electoral, en los casos en que la regla de juego interna para la selección de las direcciones sea democrática (es decir que permita la libre expresión de los trabajadores, sin las restricciones que predominan a menudo en el mundo sindical): desde la asunción de Carlos Menem, han existido al menos dos casos donde el enfrentamiento interno de las organizaciones alineaba a oficialistas y opositores respecto al gobierno. En ambos casos triunfaron los opositores en Sanidad Capital donde fue derrotado al sindicalista West Ocampo (aquél que invitara a Ubaldi a debaritar las diferencias peronistas fuera del CCC de la CGT, ya que estaba "lleno de zurdos y radicales") y en telefónicos de Capital, donde fue derrotado la lista oficialista vinculada a J. Guillán por una oposición ubaldinista.

Otro indicador de la respuesta social a la política económica oficial es la aceptación o rechazo reflejado a través del conflicto laboral. La evidencia reunida hasta ahora es que el nivel del conflicto laboral es al menos similar al registrado durante los últimos años de gobierno radical. La demanda por salarios constituye un motivo central de los conflictos, lo cual refleja el rechazo de los trabajadores a la disminución operada en sus ingresos por el último ajuste. A la demanda salarial tradicional se agrega ahora el rechazo sindical a despidos efectuados por las patronales en los últimos meses. Esto muestra una vocación de disciplinamiento de la fuerza laboral que se manifiesta como correlato, en el mundo de la fábrica y de la empresa, de las posiciones de fuerza logradas por el empresariado en el plano político y en el gobierno.

En los conflictos laborales, los trabajadores manifiestan el objetivo de recuperar la pérdida salarial operada por la inflación en este año, lo cual implica la demanda de un retorno a los niveles previos registrados a fines de 1988 o enero de 1989. El horizonte de expectativas salariales parecen ubicarse así en un piso menos exigente que el que animó las protestas durante el gobierno radical, en la que los sindicatos buscaban retornar a los niveles de mediados de los '70. Podría afirmarse que la combinación de inflación y recesión de los últimos meses de gobierno radical, y la política de ajuste enmarcada por el gobierno peronista, logró deprimir considerablemente las expectativas salariales.

El rechazo al sindicalismo incorporado al gobierno y a las políticas económicas oficiales, constituyen indicadores de descontento de las bases sindicales que pueden alimentar a las corrientes que se oponen al proyecto gubernamental. Las manifestaciones de oposición del sindicalismo se han tradu-

cido hasta ahora en críticas a las políticas pero no al Presidente, a algunos funcionarios pero no al conjunto del gobierno.

Táctica y estrategia

Cabe interrogarse hasta qué punto los dirigentes sindicales ubicados fuera del gobierno consideran ese alineamiento como una estrategia o como una táctica. Las entrevistas de Ubaldi con la esposa del Presidente en la residencia de Olivos, resultan indicativas de la vocación sindical de transitar los pasillos —y otras dependencias— oficiales. Los permanentes llamados a la unidad y a "acompañar a Menem" del secretario general de la UOM, Lorenzo Miguel, manifiestan la voluntad de no cortar los puentes con el oficialismo.

Por parte de los dirigentes de la CGT Andreoni, su acompañamiento a las políticas gubernamentales tropieza con los límites impuestos por la política salarial, y por su eficacia para dotar a esa política de soporte. De allí que, pese a su oficialismo, deban encabezar reclamos salariales para no quedar descolocados frente a sus bases, y también para cumplir su rol de interlocutores en el seno del gobierno, rol desdibujado por las propuestas inconclusas que a diario enuncian los empresarios del gabinete.

Paradójicamente entonces, la división sindical impide al gobierno ejercer la presión —incluso el chantaje— requerida para hacer aceptar las políticas oficiales a los sindicatos. La división alimenta la competencia sindical por alcanzar mejores acuerdos salariales que sus adversarios y, por lo tanto, jaquea las políticas de estabilidad diseñada por los empresarios del Ministerio de Economía. El gobierno requiere la unidad sindical para establecer algún acuerdo social que garantice la estabilidad social y económica; la división permite a los sindicatos condicionar el acuerdo.

La situación del movimiento sindical es altamente inestable, tanto más cuanto parece ir a la zaga de los acontecimientos. Pero aún cuando sus acciones sean puramente defensivas, difícilmente quede reducido a mero *partenaire* de las políticas de ajuste implementadas por el gobierno y los empresarios. El sindicalismo peronista, fuertemente conservador, aparece actualmente tan alejado de la construcción de alternativas políticas como de la sumisión sin concesiones. Más bien parece mantenerse a la expectativa del destino de las políticas oficiales y de la novedosa alianza con el poder económico establecida por el gobierno de Menem. Entretando busca escabullirse tanto de la intervención gubernamental, como de las presiones rupturistas originadas en la base social. Ni Unidos ni dominados, los dirigentes sindicales peronistas parecen instalados en una larga espera.

Alianza EDITORIAL

NOVEDADES

- DAVID ROCK
ARGENTINA 1516-1987
Desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín
536 págs.
- ADAM FERGUSSON
CUANDO MUERE EL DINERO
El derrumbe de la república de Weimar
288 págs.
- JUAN RULFO
ANTOLOGIA PERSONAL
158 págs.
- SIGMUND FREUD
PSICOLOGIA DE LAS MASAS
210 págs.
- FERDINAND DE SAUSSURE
CURSO DE LINGUISTICA GENERAL
Traducción, prólogo y notas de Amado Alonso.
316 págs.



DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO
DISTRIBUIDORES ALIADAS S.A. (DISTASA)
Av. Córdoba 2064 - BUENOS AIRES
Tel.: 814-4296/45-7609

Es que nunca había sufrido con tal magnitud el continente, la crisis de sus estados nacionales. Y en tal sentido los '80 han sido los años en que se produce el desenlace final del agotamiento de los modelos tradicionales de articulación entre la economía, el estado y la sociedad. Así es que si bien pocos podrán decir que a nivel político ha sido una década perdida, esto mismo es lo que afirman los informes e indicadores económicos: una década perdida.

Esta es la mayor deuda que las incipientes democracias guardan con sus pueblos. Se han intentado toda clase de planes y programas de emergencia (ortodoxos y heterodoxos), se han encarado acciones conjuntas en el sistema regional, se ha avanzado en propuesta y estrategias imaginativas para encarar una transformación de fondo, pero aún así se han dejado enormes expectativas insatisfechas. A tal punto que el juicio lapidario de Adolfo Cárnotot suena patéticamente certero: "nuestro mayor logro fue evitar la catástrofe", haber sobrevivido.

La confluencia de ambas tendencias contrapuestas, en gran parte de la región (triumfo de la democracia-frasco de los programas de reforma estructural de las economías, con el consiguiente agravamiento de la crisis) ha producido un paisaje peculiar al filo de los '90. En efecto: son los años del recambio de gobiernos democráticos, y los debates, discursos, propuestas y comportamientos han tendido a polarizarse, a encesparse y retrotraerse en muchos casos a los orígenes de la transición, con el agravante de una creciente desmoralización, el desencanto y el descrédito colectivo.

Hay quienes lo interpretan en clave ideológica: "nuestras sociedades se 'deshicizaron' —afirman— fracasaron los gobiernos reformistas, llegó la época de la "democracia", de la rotación y el ajuste drástico; las corporaciones y los factores tradicionales de poder ocupan el lugar del estado en crisis". Otros descubren el surgimiento de liderazgos fuertes, con ancha base de sustento popular, conciliadores con los factores de poder pero forjadores de un nuevo modelo productivo a través de una "modernización conservadora".

Es evidente que han intervenido en esta desembocadura inesperada circunstancias objetivas, situaciones impuestas, volutas implícitas y manifiestas que han ido conformando lo que se presentó como la única alternativa de salida "de la crisis. Pero más allá de las diversas interpretaciones en boga se han manifestado síntomas preocupantes de degradación del espacio conquistado en los últimos años, de verdadera decadencia de la vida política.

La política como picaresca: una puesta en escena macabra y peligrosa

Seguramente ni Norberto Bobbio ni Claude Léfort imaginaban este cuadro cuando describían la política como la "puesta en escena" de la dinámica social.

El fenómeno frustrado de Silvio Santos y el exitoso de Fernando Collor de Mello en Brasil, las incursiones permanentes de Carlos Menem en cuanto evento social faranduloso o deportivo se le ofrece, cuando más frívolo mejor; la influencia cada vez más determinante de la TV, el marketing y la publicidad en el "hacer político", la incorpora-



ción de intelectuales como Mario Vargas Llosa, militares como Antonio Bussi, actores, deportistas y show-men en el primer plano de la escena pública aspirando a los más importantes cargos de gobierno (aspiración exitosa en muchos casos) son todos indicadores que nos están mostrando la cri-

sis profunda de nuestras clases dirigentes; crisis de representatividad y crisis de credibilidad.

Lo que ha sucedido en Brasil es un espejo en el cual podemos mirarnos. De poco sirvieron las veías teorías que aventuraban que el desarrollo del potencial económico

traería el desarrollo político. Tancredo Neves se llevó a la tumba el sueño de democratizar aquel desigual y espectacular crecimiento sobre bases de una mayor justicia social. Llyses Guimarães—el estadista de la convención constituyente hace apenas un año— fue deglutido por el descontento social y la fragmentación política y barrido prácticamente del mapa electoral. Así es que los brasileños han elegido por primera vez en casi treinta años a su presidente, debiendo escoger entre un joven adventizo, un veterano dirigente populista y un ex-sindicalista de la izquierda dura. ¿Quién se atreve a hablar ahora de "sistema de partidos"? La vibrante pulseada final Lula-Collor, más allá de los seductores rasgos del liderazgo "petista" (lo que merece un capítulo aparte) fue en cierto modo el epítalo de la transición pacífica, la constitución política del modelo "Bél-india".

Tal vez sea el precio (un alto precio) que deben pagar nuestras "democracias pobres" por haber dejado atrás el péndulo que estrellaba recurrentemente los impulsos liberales contra el paredón dictatorial. Tal vez muchos políticos hayan quedado en falta de cara a la sociedad, siendo sobrepasados por nuevas e imprevisibles circunstancias. Tal vez otros, por tocarle en suerte el rol de oposición, han confundido gobierno con sistema y convirtieron su prédica en un constante denuesto al funcionamiento democrático. Ahí tienen su cosecha.

Habrà seguramente quienes—agudos testadores de los vaivenes del mercado— señalen que todo esto es positivo; que nuevas figuras, magnéticos carismas, mecanismos no convencionales y otro "look" para la política latinoamericana. No les será difícil coincidir con el neo-fascismo que ha resurgido al grito del "fin de la partidocracia". Ni a este neo-fascismo le será fácil distinguirse de la ultraiquierda asqueada por estos años de apertura (versión James Petras, por ejemplo) para la cual el peor enemigo han sido estos gobiernos social-demócratas o tibiamente reformistas que no le han declarado la guerra a nadie.

El propio Gabriel García Márquez ha manifestado que sólo "uno de esos disparates luminados" (sic) puede "salvar" a América Latina de un futuro oscuro y ruinoso. Alguna vez escribió Antonin Artaud que "el problema que se plantea ahora consiste en saber si en este mundo que se escapa, que se suicida sin advertirlo, se hallará un misionero de hombres capaces de imponer la noción superior del teatro, esa noción que ha de devolvernos a todos el equivalente natural y mágico de los dogmas en los que hemos dejado de creer".

¿Será esta nuestra entrada al siglo XXI: un final del segundo milenio en plena fidelización pos-moderna, con ciudadelas fortificadas, sociedades fracturadas, pueblos y conciencias errantes, y una multiplicidad de sectas mesiánicas y cruzados milenaristas intentando vanamente reconstruir el mítico paraíso perdido?

Son—en todo caso— algunas aproximaciones a un fenómeno que habrá que atender y asumir a la hora de recrear el espacio de lo político y recuperar la credibilidad, la seriedad, la sensatez. Porque habrá que construir verdaderos promotorios para ampliar y esclarecer en medio del desierto, cuando el show decanta. Cuando dilettantes, sofistas, profetas y predicadores de la salvación o el infierno vuelvan a dejar paso al áspero y agrietado suelo de esta tierra caliente y sufrida que quiere vivir mejor y no termina de saber cómo.

Incertidumbres de la transición democrática en América Latina

La revolución posible

Francisco Weffort

Las dificultades de la transición democrática para compatibilizar los procesos institucionales con las transformaciones económicas y sociales en las sociedades latinoamericanas replantea el tema del socialismo. En los países del Cono Sur muestra la vigencia de la fórmula gramsciana del estado = coerción + consenso. El cambio de nuestras concepciones políticas no puede significar el abandono de la posibilidad de una transformación radical. Reformismo fuerte y reformismo débil. No es verdad que todo el pasado ya pasó y que el futuro está fuera de nuestro alcance. La democracia política sólo es consolidable si camina junto con políticas de reformas.

En el tema del socialismo se torna obligatorio, casi como una imposición histórica, tanto mejor si la discusión puede considerar las realidades históricas de los países a los cuales se refiere. Dos puntos merecen ser mencionados aquí.

En primer lugar, parece claro que no existe ningún modo razonable para discutir las perspectivas de la transición política en el Cono Sur de los años 80 si mantenemos como intocables ciertas ideas que persisten en la conformación de los padrones vigentes en esos países desde los años 60. Paraguay es, ciertamente, la excepción. En cuanto al resto, sería absurdo pretender ignorar todos los cambios—positivos y negativos, tal vez más estos que aquellos— que se acumularon en estos últimos 20 a 30 años. Sería absurdo, o por lo menos inconsistente, pretender pensar las perspectivas del socialismo en esta región, tomando como paradigma lo que ocurre, por ejemplo, en América Central. Y en este punto es fundamental decir algo respecto al Estado y a las nuevas condiciones para definir una estrategia de transformación política y social.

Como dice Edelberto Torres-Rivas, en América Central, la violencia es "aplicable a todo nivel en lo que se refiere a la existencia y consolidación del Estado". Allí el Estado "es la traducción en el poder de los intereses económicos que impulsaron la reconstitución violenta de la propiedad agraria, basada en el despojo campesino-indígena". Fuera del caso del Paraguay, pienso que es bastante evidente que el resto de los países del Cono Sur ya superaron, para bien o para mal, esta fase. El reconocimiento de que el Estado no puede ser entendido sólo como violencia o como un juego egoísta (y violento) de los propietarios, tal vez haya sido el más alto precio que los pueblos de nuestros países pagaron por los fracasos de las estrategias guerrilleras de izquierda de los años 60.

En los países del Cono Sur, las últimas fórmulas de la ecuación Estado = violencia fueron exactamente los regímenes militares. Esperemos que además de ser las últimas, sean también las que den fin a este doloroso ciclo. Hoy, debería agregarse algo más a esta ecuación para que describa la realidad con alguna aproximación, y en el marco de la investigación de este "algo más", será útil traer de vuelta a la discusión la vieja fórmula estado = coerción + consenso, creada por Antonio Gramsci.

En cualquier caso, las experiencias de los años 60 y 70 sugieren que en estos países del Cono Sur, la violencia tal vez sea más eficaz para conservar que para cambiar la sociedad. Ni los guerrilleros llegaron al poder para realizar los cambios revolucionarios en los cuales creían, ni los regímenes militares fueron capaces de cambiar la sociedad en la medida que hubieran deseado. Y si consiguieron, en este o aquel punto, alguna transformación de la sociedad, se debió a que, además de la violencia, contaron, en algunos momentos, con un expresivo apoyo de sectores de la propia sociedad. A propósito, ni los golpes de estado que dieron origen a los regímenes militares de Argen-

tina, Brasil, Chile y Uruguay hubieran sido posibles sin un amplio apoyo de sectores importantes de la sociedad. Y desde ese apoyo o desde la conquista de nuevas bases es que se habla y con razón, por lo menos en el caso de Brasil, de que el régimen consiguió consolidar en el país un ethos capitalista. Una buena parte del carácter conservador de la transición brasileña sería difícil de entender si no se consideran las premisas económicas y sociales nuevas, creadas por el régimen militar.

El centro del cambio

En segundo lugar, creo que se hace necesario explicar que, entre los demócratas, los socialistas y los nacionalistas-populares, se torna imperioso caminar hacia una nueva concepción de la política, que tome en cuenta el estado de modernidad que nuestros países ya alcanzaron y el proceso de democratización en que se encuentran. Creo que las experiencias de los años 60 y 70 convirtieron en poco viable e inclusive indeseable, en países como los nuestros, en su versión, más democratización alcanzado por los nuestros, la concepción clásica de revolución entendida como un corte abrupto, puntual, capaz de producir, en un corto espacio de tiempo, rupturas fundamentales en la sociedad, en la economía y en el Estado. Hablando de "países arrasados", Fernando Claudín alude a la persistencia del leninismo entendido como "la creencia de la vanguardia"; allí se "dan condiciones para que esa vía leninista pueda tener éxito y, sobre todo, para que sea un modelo". Son situaciones semejantes a las de la vieja Rusia. En "países moderados", tal concepción no encontraría las mismas justificaciones.

Las experiencias de los años 60 y 70 muestran que nuestras sociedades no son modificables con facilidad por medio de sectores promulgados por el Estado, ya sea que vengan de la derecha o de la izquierda. Y todavía apuntan a que, pensando bien las cosas, tenemos por delante un trabajo de revisión intelectual (y política) pendiente. Al final, el concepto de revolución que concebimos y que está presente en la tradición latinoamericana, no es sólo aquel construido a

partir de las revoluciones del continente, comenzando por la revolución mexicana, sino que también es un concepto heredado de las grandes revoluciones europeas—la francesa y la rusa—ocurridas en países predominantemente agrarios y cuyas estructuras de poder y mando se encontraban con las nuestras en los tiempos de la oligarquía, es decir, altamente concentradas en los aparatos del Estado. Es aquí que se ubica el centro de lo que vengo llamando un cambio necesario en nuestras concepciones políticas. Si las revoluciones al estilo de la "toma de la Bastilla" o de la "toma del Palacio de Invierno" (o la "toma de La Habana", o la toma del "bunker de Somaza") no son posibles, ¿deberíamos concluir que ninguna revolución es posible? ¿O bien deberíamos empujarnos en visualizar nuevos caminos para la revolución, o sea, para la transformación de la realidad de nuestros países?

Superar herencias envejecidas

En el contexto de un debate que pretenda renovar las concepciones políticas de la izquierda, las cuestiones son, en verdad, más complicadas de lo que puedo haber sugerido hasta aquí. Si no sabemos con certeza lo que significan las revoluciones en países como los nuestros, la verdad es que ni siquiera las reformas tienen la claridad que podrían deseamos. No se trata aquí, por tanto, de sugerir un debate, un anacrónico como inútil, al estilo del dilema "revolución o reforma". Es obvio, o debería serlo, que una perspectiva revolucionaria no excluye, necesariamente, las reformas. Siempre existen, por cierto, algunos sectores supuestamente radicales, que imaginan que hay una revolución esperando en la esquina y que las reformas significarían un desvío en el camino. Me parece que, efectivamente, ni tenemos una revolución a la vuelta de la esquina, ni tenemos reformas tan fáciles de realizar como frecuentemente se supone. Lo lamentable de la situación de los países del Cono Sur—y posiblemente de toda América Latina, con la excepción evidente de Cuba y de Nicaragua—es que las alternativas de derecha parecen mucho más probables, por lo menos a corto plazo, que cualquiera de las variables, reformistas o revolucionarias, de la

izquierda. ¡Ejemplos! Después del fracaso del Plan Austral en Argentina, del Plan Cruzado en Brasil, las alternativas políticas que aparecen en el horizonte, en el ámbito del combate a la inflación, son aún más duras, o bien, aún más insuficientes. Es esta situación, que hoy es difícil y que se tornará peor mañana, la que es necesario cambiar.

De tanto maltratar la idea de las reformas con la retórica pretendidamente revolucionaria, una buena parte de la izquierda viene encontrando enormes dificultades para formular una política de reformas. Mucha gente, entre los demócratas y la izquierda, simplemente perdió de vista cuánto de claridad política y cuánto de esfuerzo organizativo exigen unas "miseras" reformas. Probablemente, es el tiempo para empezar a percibir que existen reformas y reformas. Una cosa son las reformas en el campo institucional, esto es, en el campo de los derechos políticos y sociales y que confieren mayor capacidad de organización a los sectores más pobres de la sociedad. Ejemplos de ellas son las reformas sindicales de Perú y los derechos sociales de Getulio Vargas en los EE.UU. de los años 30 y en un contexto bien diferente, los derechos sociales y sindicales de *New Deal*, de Franklin Roosevelt.

Otra cosa son las reformas estructurales, como por ejemplo en el campo de la propiedad (reforma agraria), o en el área de la distribución de la renta, o en el área de las posibles nacionalizaciones (o, si fuera el caso, estatizaciones) de monopolios o de empresas oligopólicas del sector considerado estratégico para el desarrollo. Una alternativa es incrementar, a través de reformas institucionales, la capacidad de defensa de los trabajadores y de los grupos más pobres para que ellos logren, por sus propios medios, una mayor parte de las rentas de la sociedad, y otra alternativa es, por ejemplo, decidir, a partir del Estado, las reglas para una distribución progresiva de la renta. Son ejemplos de distinciones posibles en un área en la que se impone ampliar nuestros conocimientos y experiencias, de manera de capacitar a la izquierda y a los demócratas en la formulación de políticas adecuadas a la situación en que vivimos.

En cualquier caso, me parece claro que hay mucho por hacer en esta área a fin de superar algunas herencias ya envejecidas. Junto con la distinción entre reformas institucionales y reformas estructurales, es necesario distinguir entre reformas de efectos acumulativos en el sentido de una transformación de la sociedad, y reformas meramente cosméticas o, como es más frecuente, inscritas dentro de plataformas frecuentemente conservadoras. Estoy lejos de afirmar que tales distinciones son fáciles en la práctica de la vida política. En todo caso, el debate en torno de sus posibilidades es hoy indispensable si queremos llegar a una política de reformas que pueda contribuir para la transformación de la sociedad y la consolidación y profundización de la democracia.

Un lento proceso

¡Estaremos, en el Cono Sur, frente a la po-



sibilidad de una revolución? Tal vez. Pero si ocurriría será, con seguridad, muy diferente de lo que la izquierda pensó al respecto hasta los años 60 y 70. Sería, ciertamente, en la búsqueda de nuevas perspectivas políticas para la izquierda en el Cono Sur, volver a reexaminar la vieja metáfora gramsciana sobre la "guerra de posición" y la "guerra de movimiento". Si los comparamos con los años 60 y con América Central, hoy, parece claro que los países del Cono Sur, con la excepción de Paraguay, se transformaron definitivamente en "países occidentales", usando la acepción gramsciana. Nos hemos transformado en sociedades modernas, articuladas en un grado suficiente para tomar el aparato de Estado en sólo una fortaleza más en el campo de lucha que incluye muchas otras fortalezas y fortines.

Aquí, el Estado ya no es sólo violencia. Es más: aquí el Estado ya no lo es todo. Ya no es el soberano absoluto de una sociedad amorfa y gelatinosa. Hay mucho más en la política además del Estado, lo cual, lejos de facilitar la tarea de definir una perspectiva para los cambios, la torna más compleja y difícil. Ya no es suficiente el discurso que, con miras a la transformación de la sociedad, habla de organización política y de la

toma del poder del Estado, porque el poder está también en la sociedad, en las organizaciones privadas de la sociedad civil, sean de carácter económico, social o de naturaleza cultural. Esto significa que en países con tales características, nadie cambiará la sociedad si no es capaz de diseñar una perspectiva económica, social, cultural y, evidentemente, política, que reforme la sociedad y, de ese modo, acumule fuerzas para consolidar movimientos por los cambios más amplios. Esto no significa sólo que se acumulen fuerzas para la llegada final y eficaz al Estado; no significa que sólo se acumulen fuerzas para una transformación que vendrá, sino que significa que tendremos que esbozar perspectivas que hagan posible el inicio, desde ya, de las transformaciones en el ámbito, todavía restringido y gradual, de las propias reformas.

Si una revolución es posible en alguno de estos países, tendrá que desarrollarse a lo largo de un lento proceso. No ocurrirá con un corte abrupto en el tiempo, en algunos meses o en unos pocos años, sino que abarcará toda una época histórica. Por tanto, o está inmersa, aún en germen, en cada acto, en cada lucha, en cada realización, o no ocurrirá jamás.

Sustituir apuradas globalizaciones

Un texto como este, destinado a abrir un debate, no puede terminar con una conclusión. Quedan, sin embargo, pendientes algunas observaciones a modo de sugerencias. No me encuentro entre los que piensan que creen que el pasado ya pasó, ni entre los que creen que el futuro es un punto muy distante en el tiempo y que como tal, poco o nada tiene que ver con el tiempo en que vivimos. Creo, por lo demás, que lo he dejado en claro a lo largo del texto. Sólo entiendo que la democracia política alcanzará su consolidación en nuestros países si camina junto con una política de reformas, o si, por lo menos, propicia las condiciones políticas e institucionales que hagan viable las reformas inmediatamente necesarias en la economía y en la sociedad. Cuando más, me uno a los que pretenden construir una perspectiva de transformación socialista de la sociedad y del Estado.

Estoy convencido de que la inseguridad en que hoy vivimos con respecto a los rumbos de la transición, exige una capacidad de definición de políticas globales que está muy disminuida últimamente. El pensamiento latinoamericano no ha sido todavía

capaz de sustituir sus apuradas globalizaciones de los años 60 y 70, por visiones más adecuadas. Y todavía hay algo peor que eso: desconciados de las visiones globales y obligados a una lucha de carácter defensivo —tanto en lo político como en lo económico y lo social—, fragmentaria y de muy corto plazo, casi pedazo por pedazo, milímetro a milímetro, muchos líderes e intelectuales de izquierda perdieron los vicios y las virtudes de los años 60. Creo poder afirmar que el pensamiento de la izquierda acabó gravemente afectado por las circunstancias creadas por los regímenes militares y por las propias luchas de resistencia. Y pienso que esto se agrava como resultado de la crisis internacional que lleva a los movimientos populares a una lucha sectorialista y corporativista del tipo "sálvese quien pueda", al mismo tiempo que refuerza el sentimiento de impotencia de los partidos y de los líderes dogmáticos.

En una situación como ésta, las oportunidades de reflexión y análisis no pueden desperdiciarse. Y me parece que tienen que utilizarse con la conciencia clara de que las nuevas preguntas que puedan surgir (y sobre todo, y principalmente, las nuevas respuestas) siempre encontrarán quién las acoge, quién las critique y las desarrolle. Por modestas y limitadas que sean en una formulación como ésta, todavía preliminar, tal vez susciten la discusión que podrá llevar a algo mejor. Fue con esta esperanza que me he atrevido a escribir estas páginas.

Traducción del portugués por Cecilia Richards del cap. IV (y final) Por una nueva política, del documento *Iniciativa de transición en América Latina*; ILDIS, Río de Janeiro, 1987, del que publicamos el primer capítulo en LCP/16.

NOTAS

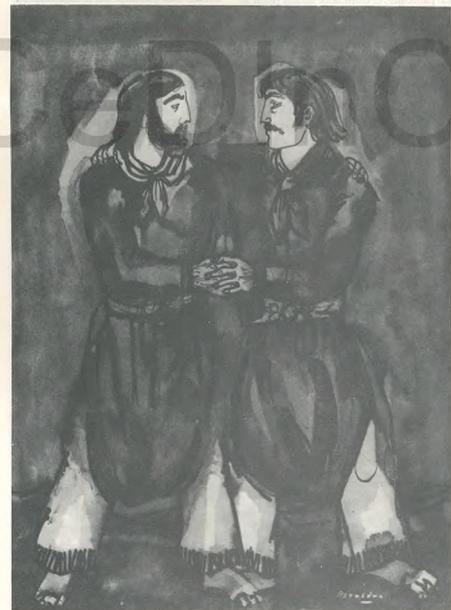
- 1) Torres-Rivas Edelberto: "Centro América: guerra, transición y democracia"; *Leviatán* núm. 26, Madrid, 1986.
- 2) Claudín, Fernando: "Reflexiones sobre la experiencia histórica"; entrevista en *CONVERGENCIA* núm. 11, Santiago de Chile, 1987. Claudín señala, sin embargo, que Nicaragua aún cuando está "arrasada", busca un camino democrático, lo que significa que no admite ningún automatismo en su raciocinio. Según Claudín, las características de la experiencia esta habrían, a lo largo del tiempo, apagado mucho de sus antiguos carácter ejemplar.

La transición democrática en Chile

¿Deben los socialistas participar en el próximo gobierno?

Gonzalo D. Martner

El previsible triunfo de Patricio Aylwin en las elecciones chilenas abre la posibilidad de la constitución de un gobierno compartido de las fuerzas democráticas. El socialismo debe participar de tal gobierno a condición de que se haga efectivo un "compromiso progresista", que democratice las instituciones y que amplíe los espacios de redistribución del gasto social, sin comprometer los grandes equilibrios macroeconómicos. Las Bases Programáticas de la Concertación, elaboradas por la coalición de fuerzas progresistas, significan un punto de partida común que otorga viabilidad política a la transición democrática en Chile.



El diagnóstico

Se ha abordado la parte económico-social del programa con un diagnóstico que gira alrededor de cuatro temas:

— la crisis del crecimiento, pues en 1989 Chile está comenzando a recuperar los niveles de producción por habitante previos

— la pérdida del ingreso por habitante y la pérdida de participación de los asalariados en dicho ingreso; explican el aumento de la pobreza en Chile en estos 15 años;

— la inexistencia de participación, pues la participación ciudadana en la gestión de las políticas económicas y sociales ha sido reemplazada por la imposición permanente propia de una dictadura;

— la pérdida de autonomía nacional, pues la vinculación con el mundo se ha reducido a una expansión de las relaciones económicas. La incapacidad de la dictadura para ser admitida con plenos derechos entre las naciones civilizadas la ha llevado a buscar relaciones económicas a cualquier costo, incluyendo un endeudamiento desmedido que recae sobre todos, en desmedro de la soberanía nacional.

Los más perjudicados con el modelo económico impuesto han sido los trabajadores, las mujeres y particularmente la juventud popular, sometida a la cesantía, la represión y la desesperanza.

Las bases programáticas postulan establecer una nueva estrategia de desarrollo, que combine el crecimiento con la justicia social y la participación, sobre la base de una mayor autonomía nacional.

El crecimiento

En materia de crecimiento, se plantea que la clave es estimular el ahorro y la inversión. Para ello se requiere estabilidad en las reglas del juego democráticamente acordadas, relaciones laborales justas y participativas, respeto de los derechos económicos y sociales. Se configurará un nuevo modelo económico, basado en una economía mixta, tanto en materia de propiedad como de acción armónica entre la planificación y el mercado. El Estado empresario no pretenderá sustituir al sector privado sino permitir complementariamente una mejor asignación de recursos y un desarrollo más dinámico y equilibrado. Una economía mixta terminará con la inestabilidad de la producción, mientras las políticas públicas encanzarán el desarrollo hacia grados crecientes de justicia social. De ese modo, el esfuerzo del país podrá concentrarse, sin incurrir en él, en la ampliación de la capacidad productiva. Una política macroeconómica equilibrada, que preserve al país del flagelo inflacionario, requerirá de un presupuesto adecuadamente financiado, en forma consistente con la política monetaria, crediticia y de comercio exterior. La estabilidad de precios es un objetivo directamente ligado no sólo a crear un marco adecuado para el crecimiento, sino también defender a los más pobres, pues éstos son siempre los más afectados por la pérdida del poder adquisitivo de la moneda.

La política tributaria buscará recaudar en forma equitativa y sin franquicias discriminatorias los recursos que requiere la acción redistributiva del Estado y al mismo tiempo promoverá la inversión y el crecimiento. Se mejorará la progresividad de los tributos, se aumentará la participación de los impuestos directos y se establecerá un sistema simple y estable concentrado en los

**EDITORIAL
PAIDOS**

<p>Peter Gay FREUD, UNA VIDA DE NUESTRO TIEMPO</p>	<p>Ludwig Wittgenstein CONFERENCIA SOBRE ÉTICA Con dos comentarios sobre la teoría del valor</p>
<p>H. Charles Fishman TRATAMIENTO DE ADOLESCENTES CON PROBLEMAS</p>	<p>Jacques Derrida LA DESCONSTRUCCIÓN EN LAS FRONTERAS DE LA FILOSOFÍA</p>
<p>Thelma Goodrich y otros TERAPIA FAMILIAR FEMINISTA</p>	<p>Gianni Vattimo MAS ALLA DEL SUJETO Nietzsche, Heidegger y la hermenéutica</p>
<p>John Bowlby UN BASE SEGURA Aplicaciones clínicas de una teoría del apego</p>	<p>Clifford Geertz EL ANTROPÓLOGO COMO AUTOR</p>
<p>Maud Mannoni DE LA PASIÓN DEL SER A LA "LOCURA" DE SABER</p>	<p>Robert Dantzer LAS EMOCIONES</p>
<p>Ricardo Rodulfo EL NIÑO Y EL SIGNIFICANTE</p>	<p>Pierre Grimal LA MITOLOGÍA GRIEGA</p>

cos tributos de alto rendimiento y mínima evasión.

Particular importancia tendrá la promoción de una industrialización vigorosa, con un adecuado equilibrio entre la promoción de exportaciones y la sustitución de importaciones y con un estímulo particular a la pequeña y mediana empresa. Ello supondrá poner en pie un auténtico desarrollo tecnológico nacional, para movilizar la inteligencia y creatividad de los chilenos. La inversión extranjera deberá estimularse siempre que contribuya a los objetivos del desarrollo nacional, mientras se prevé que las concesiones mineras permanezcan en sus actuales términos sin perjuicio de asegurar la explotación de los yacimientos y de iniciar los estudios para hacer efectiva la propiedad inalienable del Estado sobre los recursos naturales. Los términos del endeudamiento externo deberán renegociarse de modo de reducir la transferencia neta de recursos financieros al exterior.

La creatividad nacional deberá estimularse, asimismo, para lograr que la dimensión ambiental sea considerada en todo proyecto de desarrollo y cese la contaminación del aire y de las aguas del litoral, de ríos y lagos, la destrucción del suelo y la flora vegetal, la emisión masiva de desechos contaminantes en industrias y centros mineros.

La justicia social

Pero el crecimiento no es para nosotros un fin en sí mismo; es indispensable, pero debe estar al servicio de la justicia social y la solidaridad. Un Fondo de Solidaridad e Inversión Social concentrará las acciones de lucha contra la pobreza para darle al esfuerzo de solidaridad la más alta prioridad dentro de la acción del gobierno. En primer lugar, los programas de inversión para crear empleos en los espacios rurales y en las grandes concentraciones urbanas cumplirán la función primordial de atacar con dignidad el drama del desempleo. En segundo lugar, los programas para elevar los ingresos de los más pobres incluirán el aumento del salario mínimo a un nivel compatible con la erradicación de la extrema pobreza y con las posibilidades de la economía, el reajuste de las pensiones mínimas y asistenciales y el alza de la asignación familiar y del subsidio único familiar para los sectores de bajos y medianos ingresos. La lucha contra los estragos de la pobreza entre los niños y jóvenes se reforzará mediante la ampliación de los programas de alimentación complementaria en los consultorios y las escuelas. El aumento inmediato de los gastos en salud preventiva y de atención en los consultorios y hospitales públicos, permitirá ampliar el acceso de todos al derecho a la atención en salud, hoy tan indignamente afectado por las reformas del régimen. Incrementar la deuda hipotecaria y de servicios básicos de las familias de bajos ingresos se hará asegurando que la deuda tenga relación con la capacidad de pago de las familias y que se reajuste del mismo modo en que lo hagan sus ingresos, corrigiendo así el sistema actual de reajuste en UF que tanto daño ha provocado entre los más pobres.

Constituirá un deber crear una amplia seguridad social solidaria, ampliando su cobertura, haciéndola obligatoria para toda relación laboral contractual, estableciendo mecanismos progresivos de financiamiento y manteniendo el poder adquisitivo de las pensiones y aumentando el monto de las pensiones mínimas y asistenciales. Las AFP deberán abrirse a la participación de los cotizantes y los trabajadores en la gestión de los fondos de pensión, para que éstos sean activos participantes del manejo de sus ahorros y de un parte significativa de la economía nacional.

El drama de los allegados se atacará ampliando el sistema de subsidios y mejorando

el acceso a él de los grupos organizados, a la vez que se ampliará el programa de viviendas sociales para atender a los hogares que no tienen posibilidades de acceder al sistema de subsidios. Los sectores medios verán aumentadas sus posibilidades de acceso al crédito bancario y se estimulará un sistema más adecuado de ahorro y préstamo.

La participación

Avanzar hacia una sociedad participativa tendrá como primer paso la recuperación de los derechos de los trabajadores. Deberá garantizarse el derecho al trabajo y su protección y a una justa retribución. Se cauterizará el pleno ejercicio de los derechos sindicales, haciendo vigente el fuero sindical y estableciendo la cotización obligatoria en beneficio de las organizaciones sindicales, en sus diferentes grados, o de fondos de educación y formación sindical.

Con el fin de enfrentar la excesiva inestabilidad en el empleo, junto con las políticas encaminadas a reducir el desempleo y el subempleo y a otorgar una adecuada capacitación técnica profesional, se cambiará la regulación del despido individual y colectivo, que dejan al trabajador en una excesiva protección. Tales modificaciones combinarán la protección al trabajador con la flexibilidad que requieren las empresas para su funcionamiento eficaz en las realidades tecnológicas y económicas modernas.

En particular, el empleador deberá pagar la indemnización en el momento del despido, equivalente a un mes de remuneraciones por año de servicios sin límite. La seguridad en el trabajo se incrementará con otras instituciones laborales que incluyan los subsidios de cesantía y el acceso a oportunidades de capacitación laboral.

Se requiere en la negociación colectiva un mayor equilibrio entre las partes, por lo

que existirá negociación en la empresa, supra-empresa y tarifados sectoriales. Sólo las organizaciones sindicales serán contrapartes de los convenios y contratos colectivos. Se restablecerá el derecho a huelga, por lo que la empresa en huelga legal efectiva no podrá contratar reemplazantes ni caducar los contratos. Se legislará de manera particular para el sector público, campesinos y otros que requieran regímenes laborales especiales. Se incrementará la labor fiscalizadora de la Dirección del Trabajo, expandiendo los tribunales laborales especializados y la expedición de sus procedimientos, así como la gratuidad de notificaciones y trámites. Asimismo, se responderá a los Centros Sindicales Nacionales bienes por el valor de aquellos que les fueron confiscados y se revisará la situación laboral de los dirigentes laborales perseguidos como consecuencia de su lucha por la defensa del patrimonio nacional, a la vez que se revisará la situación previsional de los familiares de los exilados, fusilados y detenidos-desaparecidos.

La participación será, además del restablecimiento de los equilibrios sociales, un amplio proceso de debate nacional sobre las orientaciones del desarrollo y de las políticas sociales. La concertación entre empresarios, trabajadores y sectores sociales organizados, sobre la base de la representatividad y pluralidad, ocupará un lugar central en el modo de gobernar democrático que se buscará inaugurar.

La participación no podrá adquirir su sentido más profundo si la descentralización del estado y de las actividades económicas, sin difusión de la propiedad y acceso a ella de las mayorías, sin equidad en la distribución de los Fondos de Desarrollo Regional y Municipal y sin una política de control de la expansión física y económica de la región metropolitana. Se requerirá con urgencia revertir el centralismo que ahoga a las regiones.

Rasero para medir

Se privilegiará una acción decidida en favor de la mujer y políticas que fortalezcan a la familia. Una oficina nacional de la mujer se ocupará de enfrentar las diversas discriminaciones que aún la afectan, para lo cual se revisará la legislación pertinente. Se promoverá el acceso de la mujer al mundo del trabajo, atacando la discriminación en materia de contrataciones y remuneraciones; se ampliará la cobertura de salas cuna y jardines infantiles para hacer posible la libertad de la mujer para trabajar fuera del hogar, facilitando el empleo parcial y temporal; se impulsarán programas de planificación familiar, educación sexual y paternidad responsable para la prevención del embarazo no deseado y el aborto inducido; se estimulará la participación de la mujer en la gestión de los servicios comunitarios y como activas interlocutoras del gobierno local, así como las actividades culturales, deportivas y recreativas de la mujer.

Los jóvenes son el futuro de Chile y sin embargo son el sector más postergado de la sociedad. Contra la desesperanza y la marginación, el futuro gobierno construirá antes que nada un Chile joven y activo. El acceso al mundo del trabajo se hará a través de los programas de inversión para crear empleos, de incentivos económicos para la contratación adicional de jóvenes, que superen el actual régimen de contratos de aprendizaje.

Se hard del derecho a la educación un reto fundamental del gobierno. Se aumentará la cobertura del sistema educacional y la calidad del aprendizaje, con plena libertad de enseñanza, reconstruyendo un sistema nacional de educación y redificando la función docente. El aumento del gasto público en educación buscará recuperar el gasto por estudiante en liceos y universidades y ampliar la cobertura de la enseñanza media, especialmente en el área técnico-profesional. Asimismo, se creará un sistema de becas estudiantiles para la enseñanza media y se revisarán los programas de bienestar en los diferentes niveles educacionales. Se revisará el sistema de financiamiento universitario como el examen de la situación dramática de muchos de los actuales deudores de este sistema.

Se promoverá la cultura y la recreación de los jóvenes, apoyando los programas a nivel local y la difusión de la creación joven, eliminándose la anacrónica censura cinematográfica de 21 años.

Finalmente, la prevención y rehabilitación de problemas socio-sociales como la droga, el alcoholismo, el embarazo precoz requerirán la ampliación y creación de programas adecuados y específicos muy superiores a los que se realizan en el sistema de salud y las municipalidades, buscándose un enfoque integral y la propia participación de los jóvenes. La participación juvenil se desarrollará mediante la elección de todos los centros de alumnos y el reconocimiento oficial de las federaciones estudiantiles, generando instancias representativas que se integren a un Consejo Nacional de la Juventud, que tendrá derecho a conocer con anticipación las iniciativas gubernamentales en el campo juvenil y a formular propuestas.

Estos enunciados constituyen la base sobre la cual habrá de construirse el compromiso de gobierno para cuatro años y serán el rasero con el cual medir los éxitos y fracasos de la gestión gubernamental, así como también el éxito o el fracaso de la contribución de los socialistas a la transición a la democracia.

Individualismo económico + autoritarismo político

El neoliberalismo es más que una receta económica

Jorge Tula

El neoliberalismo excede sus propuestas económicas. El individualismo económico, la autosuficiencia familiar y el autoritarismo político constituyen los pilares de esta nueva "filosofía de la vida". En Gran Bretaña, laboratorio privilegiado en donde se realiza esta experiencia, es posible ya observar sus resultados: pobreza extrema, marginalidad, desintegración social y barbarismo político.

La "democracia de los propietarios"

La propuesta neoliberal, o la "revolución de los conservadores", como también se la ha llamado, no se agota, claro está, en meras respuestas económicas y políticas a la crisis. Va mucho más allá y postula una nueva "filosofía de la vida" y por tanto una nueva concepción de las relaciones sociales y políticas. Se trata de la democracia de los propietarios, mezcla de individualismo económico, autosuficiencia del grupo familiar y autoritarismo político. En una versión distinta de la independencia y la interdependencia, los individuos conquistan la primera como actores económicos en el mercado la segunda como miembros del núcleo familiar, que es el encargado a su vez de distribuir los recursos y las responsabilidades de la manera más adecuada a los efectos de poder sostener recíprocamente en la adversidad. Haciendo uso naturalmente de su energía, de su habilidad e iniciativa en el mercado, los individuos están en condiciones de acumular recursos bajo la forma de propiedades familiares que garantizan su autosuficiencia para atender a sus necesidades, entre las que se deben incluir desde luego las pensiones, las obras sociales, las asignaciones escolares, etcétera.

Se trata de lograr un objetivo que no resulta muy difícil advertir: demostrar que en la sociedad moderna los bienes públicos son mucho menos necesarios de lo que la gente cree y que por lo tanto, como es obvio, el papel del estado tiene que ser mucho menor del que se le ha atribuido hasta ahora. Bastará el aumento de la prosperidad y el incremento del número de propietarios (de acciones, de casas, de pensiones), cosa no muy difícil de lograr en este modelo de sociedad por otro lado, para que los individuos estén en condiciones de adquirir más servicios y satisfacer un mayor número de exigencias con los recursos que el mismo ha logrado. Una vez conseguido esto nos introduciremos a un ámbito en donde una libertad más amplia y una mayor posibilidad de elección están garantizadas, con lo cual ya no existen obstáculos para elegir el estilo de vida que se prefiere y es posible alejarse del conformismo y la estandarización que, como es de sospechar, y siempre según esta nueva ortodoxia, son propios del socialismo y de los servicios públicos.

Así las cosas, la función del estado no puede sino estar reducida a producir un limitadísimo número de servicios, esto es, sólo aquellos que el mercado no puede producir la defensa, el mantenimiento de la ley y el orden, y el respeto de los contratos. Esta cantidad reducida de bienes públicos tienen en común una característica que es evidente: se fundan sobre la construcción. El estado, en consecuencia, resulta convertido así en una agencia residual, coercitiva, cuyo poder sólo es necesario cuando se trata de garantizar las condiciones de la libertad, pero cuyas actividades son necesariamente repressivas o punitivas.

Siempre y cuando se trate de responsabilidades residuales, el estado puede tener otro: por ejemplo, la de proveer a los individuos que no pueden o no quieren proveer



AÑO XIV - NUMERO 36
NOVIEMBRE 29
DICIEMBRE 1990

PUNTO DE VISTA
REVISTA DE CULTURA

DERECHOS DE HUMANOS E INDULTO: políticas de olvido, construcción de la memoria. Escriben: José María Gómez Hilda Sabato, Beatriz Sarlo, John Torrey.

SABER SOBRE BORGES

Besoyó, Palermo,
 Graciano Martínez,
 G. Zelcer sobre Bemberg,
 Cine argentino,
 Heterodoxia,
 Heterodoxia,
 Zambragotti.

a sí mismos. Haciendo gala de una generosidad impropia, la nueva ortodoxia considera que siempre existen casos de "necesidades genuinas", de individuos que por haberse tocado un destino social degradado pueden reclamar con un cierto grado de legitimidad asistencia de parte de las reparticiones públicas que han sido destinadas para eso, asistencia que sólo debería ser otorgada de manera muy estricta en la medida en que este tipo de servicio público corra el riesgo de comprometer la ética de la empresa y la confianza en sí mismo, pero también de la responsabilidad familiar que, como ya sabemos, es el pilar fundamental que soporta todo el sistema de relaciones sociales. En un mundo plagado de paradojas, este sistema no escapa a ellas: en los hechos introduce a la gente en la pobreza y en la pasividad, dejándola afuera de las oportunidades y de los incentivos que usufructúa el resto de la sociedad. Alejada de cualquier posibilidad de salida legal de la pobreza, terminando siendo presa de la apatía o bien, como también resulta obvio, empleando sus energías para fines ilegales.

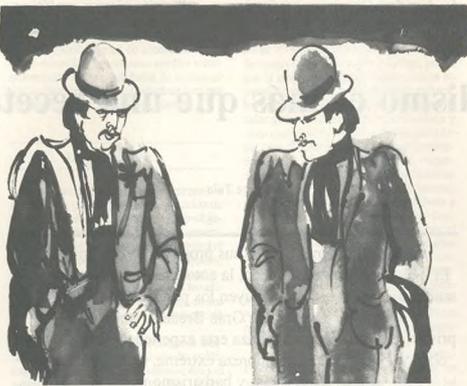
La autosuficiencia económica como base de la ciudadanía

Es por lo demás impropio hablar de la democraticidad de esta nueva ortodoxia, pues, como hemos visto, se trata más bien de una ilusión. En los hechos, una mayoría se constituye en torno al apoyo de una subclase de élite del gobierno en el de proteger los privilegios de esta mayoría y usar el poder del estado para suprimir las aspiraciones de la minoría. A su vez los trabajadores, que deben lidiar cada vez más con una mayor inseguridad y con menores derechos económicos, se ven de alguna manera obligados a identificar sus intereses con los de los propietarios, lo cual quiere decir que se contraponen a los pobres y a los que nada tienen. Y, sobre todo, les es negada cualquier tipo de ciudadanía social. La única forma de ciudadanía reside en la autosuficiencia económica, con todos los riesgos que esto significa, pues quienes la pierden están prácticamente condenados a engrosar la fila de los dependientes y a estar sometidos a una coerción autoritaria. Como dice Bill Jordan, la libertad económica de un grupo de la sociedad está pagada con la servidumbre impuesta por el estado, de otro grupo.

Está de más decir que este individualismo económico tan fuertemente practicado afecta el interés común para participar en el bienestar colectivo y la buena calidad de las relaciones sociales. Es que en una sociedad que se encuentra diseñada a partir de la propiedad privada exclusiva, el bien común deja de ser perceptible en la medida en que la gente actúa impulsada por el propio interés en el marco más general y limita su visión del bien común exclusivamente a los miembros del grupo familiar. La plaza pública, por ejemplo, espacio emblemático de una sociedad que valoriza la vida pública de la ciudadanía, carece del más mínimo sentido en una sociedad que sólo atribuye valor a la propiedad privada.

No obstante todo esto, en una perspectiva de larga duración, el individualismo económico arremete también contra la voluntad de contribuir para sostener los bienes públicos, los únicos bienes públicos aceptados por los políticos de derecha, esto es, defensa, orden, seguridad. Se trata pues de una lógica que lleva en última instancia a una sociedad corrupta, en la que cada uno ve y acepta sólo aquello que coincide con su propio interés y nadie se preocupa por el bien de la comunidad.

Las virtudes de esta "democracia de los propietarios" ha sido pregonada con una insistencia y una eficacia tal que en muchos casos ha logrado modificar las ideas hasta ese momento dominantes, impuso nuevos modelos culturales y hasta logró cambiar el



sentido común y las costumbres de las masas. Desde que esto se inició ya han pasado muchos años, los suficientes como para poder ver los resultados de la experiencia neoliberal en algunos lugares que, por lo menos cierta prensa argentina sigue presentando como modelo a seguir para salir de la crisis que afecta a nuestro país.

Después de cuatro años de férreo gobierno por parte de Margaret Thatcher y de perfeccionamiento de la estrategia de "conquistar el corazón y la mente" a través de medios de comunicación que, sólo serán parangonables con los de nuestro país, los conservadores británicos — que al 35% de los votos en la última elección están por debajo de su mínimo histórico en este siglo — se encuentran cada vez más lejos de algunas metas que se habían propuesto: el 8,5% de inflación duplica el del año pasado y el aumento del costo de vida junto al 14% de las tasas de interés afecta a millones de personas y se aleja también de los logros de la economía continental, tan repudiablemente socialdemócrata.

Sin embargo son otros los aspectos a los que conviene aludir para tener una idea más clara de las transformaciones que se han producido en el país donde descansan los restos de Marx. La desocupación, seguramente el mayor problema que enfrenta el viejo continente, siguió su marcha ascendente: entre 1973 y 1975 pasó de medio millón a un millón de personas, es decir de 5% de la población activa, porcentaje que se incrementó a 8,5% hacia fines de 1980 y al 13% en 1985; pero si en estas cifras se incluyen las mujeres casadas, los 3 millones de desocupados se incrementarían a 1 millón. Por otro lado el 25% de los desocupados son menores de 25 años. La misma línea de tendencia puede observarse en las modificaciones que se produjeron en la distribución de la renta. Desde la asunción de Thatcher se ha producido una evolución fuertemente regresiva en este item como lo demuestra la reducción considerable de los impuestos a las personas más ricas: la tasa de imposición sobre la renta más elevada se redujo del 83 al 60%, y todo esto se incrementa cada vez más al disminuir la imposición de las plusvalías y de las rentas que no derivan del trabajo. Paralelamente la presión fiscal sobre los miembros relativamente más pobres aumentó progresivamente. En los hechos, cuando más bajo es el nivel de renta más fuerte ha sido la suba de los impuestos: entre 1979 y 1984 los impuestos medios de pareja arrojó con renta media aumentó en 5,50 libras esterlinas por semana, a la vez que una pareja con ingreso cinco veces mayores vio disminuir sus impuestos medios en 71 libras por semana.

El ejemplo de Liverpool

Inquietud social y malestar existencial son conceptos que están presentes en cualquier análisis efectuado por quienes estudian la sociedad inglesa tal como se presenta después de diez años de "thatcherismo". En ninguna parte como en una gran ciudad se puede observar mejor las contradicciones y laceraciones que han marcado al Reino Unido. "Liverpool, mi ciudad, se ha convertido en el símbolo del caos, del desmoronamiento, que está asociado a la declinación y a la pobreza del norte de Inglaterra y desahucio al progreso sur, privilegiado desafortunadamente en estos años de revolución thatcheriana", afirma Glyn Ford, parlamentario europeo laborista. Este país partido en dos y su insalvable división social está simbolizado de la mejor manera en las tribunas de los estadios de fútbol. En uno de ellos, los hinchas del Tottenham, equipo del sur, recibe su tradicional y acérrimo adversario, el Liverpool, representante de aquel norte donde hace doscientos años dio comienzo la revolución industrial, mostrando centenares de tarjetas de crédito y camando: "Nosotros tenemos montones de dinero, ustedes no tienen ni siquiera trabajo".

Liverpool, en efecto, encarna mejor que cualquier otra ciudad inglesa la idea de sociedad propugnada por la Thatcher, pues es allí donde se manifiesta con más evidencia los signos de su política y las más lacerantes contradicciones de un proceso de restricción social salvaje de los aparatos productivos que ha creado un nuevo bienestar por un sector de la población y al mismo tiempo ha ampliado los bolsones de pobreza y marginalidad social.

El malestar social ha desencadenado, entre otras cosas, un grado de violencia hasta ahora no visto en la sociedad británica. Stuart Hall, director del Center for Contemporary Cultural Studies, con sede en Birmingham, y recorrió la ribera del Mersey, otra periférica de vida y que hoy está convertido en un espectáculo de desolación y abandono verdaderamente angustioso. Un espectáculo que, por otra parte, se repite una y otra vez en casi todos los centros urbanos. Las grandes industrias han cerrado sus puertas y la ciudad ha perdido sus mejores fuerzas, las que han sido, claro está, obligadas a emigrar. Si la desocupación ha alcanzado niveles de gran negligencia (el 60% de la fuerza de trabajo activa) no menos considerable es el consumo de droga y

de alcohol. Sin embargo, agrega Hall, sería un error demasiado grave "leer" las nuevas agregaciones juveniles sólo en términos negativos. Si así se hiciera se estaría reduciendo una situación sumamente compleja a un mero problema de orden público.

La protesta juvenil se manifiesta en formas metapolíticas que están relacionadas sin duda alguna con profundos y devastantes cambios en el mercado de trabajo: en una franja en la que están incluidos los jóvenes de 14 a 20 años sin trabajo son más de 660 mil sobre cerca de 2 millones y medio de desocupados totales. Pero también se vincula, y muy especialmente con un sistema político cerrado, sustancialmente impermeable en el plano cultural y organizativo y que es incapaz de ofrecer salidas positivas a los fermentos juveniles, ciertamente caóticos pero no siempre únicamente destructivos.

Los jóvenes, como acabamos de ver, han sido particularmente afectados por la filosofía de vida propugnada por la "dama de hierro" y que podría expresarse en la siguiente consigna: "quien se arriesga es un héroe y quien es pobre debe convivir con su fracaso, captando todo el peso material y moral". Ante esta propuesta vital el nuevo *lumpen* inglés tiende a rebelarse, y cuando esto sucede la reacción se debe no al hecho de que está inspirado por valores de solidaridad sino simplemente porque el éxito precipitado por los conservadores no llega a alcanzarlo también a él. Se trata entonces de una subalteridad cultural que se vivifica no obstante en términos conflictivos y fuertemente agresivos.

La sociedad inglesa, ya no sólo el variado y fragmentado mundo juvenil, vive en la actualidad un preocupante proceso de barbarización cultural y social que ha llegado a afectar hasta las instituciones más básicas que es el caso de la policía de las ciudades efectuadas por el jefe de policía de Londres en las cuales profie que se implementen nuevamente las penas corporales y en la obtenida propuesta, en el seno del partido gobernante, de la reimplantación de la pena de muerte. No está ausente tampoco el barbarismo político: la tracción de grupos de derecha radical, cuyo programa es de reducción a la lucha por defender siempre y en cualquier lugar la independencia de la nación británica; es un fenómeno que no debe ser despreciado porque alienta las tendencias xenófobas y las manifestaciones de intolerancia racial presente, es cierto, en una sociedad atrozmente permeable a las contradicciones sociales. El crecimiento de estos fenómenos va acompañado pues de la asociación de cualquier forma o tejido de la política pública.

Revalorización de la esfera pública

Quienes estén a favor de una sociedad dual, fuertemente polarizada, que expulse hasta la marginación a sectores cada vez más numerosos de la población para garantizar el bienestar de una franja cada vez más reducida de privilegiados, no debe desentenderse del costo que todo esto conlleva: pobreza extrema, marginación de los desahuciados, desintegración social y barbarismo político. Por el contrario, quienes creemos en la necesidad de buscar alguna alternativa al individualismo económico y a la autosuficiencia familiar propugnados por los defensores de la "democracia de los propietarios" deberemos proponer una revaloración de la esfera pública en la vida social. Sin embargo esta revalorización debe ir más allá de la afirmación de las virtudes de las instituciones con las cuales hemos crecido sino que debe encontrar una nueva base de cooperación ciudadana que refleje el interés común por una nueva calidad de vida y por novedosas formas de organización que garanticen la justicia y la libertad, tan fuertemente afectadas en los últimos tiempos. No puede ser otro el desafío de los socialistas.

Un proyecto para el siglo nuevo

El nuevo programa de la Socialdemocracia alemana

Hans-Ulrich Klose

A más de veinte años del programa de Bad Godesberg y después de haber pasado a la oposición, la Socialdemocracia alemana (SPD) ha decidido, al inicio de los años ochenta, redactar un nuevo programa fundamental. Las carencias del programa de Bad Godesberg son al mismo tiempo la razón del nuevo programa y sus contenidos principales, que se pueden resumir en una serie de puntos abajo expuestos.

repartidas entre hombres y mujeres. Quien realiza un trabajo doméstico o comunitario no debe estar en desventaja desde el punto de vista de la retribución.

Una participación más equitativa entre trabajo doméstico y trabajo remunerado puede ser realizado a través de consistentes reducciones del horario de trabajo. El objetivo es el logro de la semana de 30 horas y de la jornada de trabajo de 6. De este modo, "todos los hombres y las mujeres tendrán la posibilidad de reducir o interrumpir el trabajo, para dedicarse a la educación de los hijos, en un período de un año predefinido, para asistir a los ancianos, los enfermos y los incapacitados; para prepararse mejor para afrontar la edad de la jubilación [...]

El tema del crecimiento económico es planteado, por lo tanto, en estrecha correlación con el de la ecología. El programa de Bad Godesberg de 1959, todavía válido para la socialdemocracia, partía del supuesto de un desarrollo constante, que debía acre-

ta económica. La tutela del ambiente debe ser tomada en consideración tanto en el momento de la producción de los bienes, como en la esfera de su consumo. No queremos una oficina de reparación de los daños al ambiente, sino una obra de prevención ecológica. En la fase misma de proyección de los productos y de los procesos productivos se debe pensar en cómo salvaguardar las condiciones de vida naturales.

Renovación ecológica significa, entonces, "abrir productos, producción y sistemas dañados para el ambiente y sustituirlos por otros no nocivos; promover las innovaciones técnicas necesarias a esta finalidad; proveer al reciclaje de los materiales nocivos; organizar eficazmente la inevitable eliminación de los residuos; reparar rápidamente los daños ya provocados al ambiente". Renovación ecológica significa, no obstante, evitar sobre todo desperdicios energéticos. Significa el abandono de la energía atómica y la apertura hacia fuentes de energía renovables. El resanamiento ecológico, realizado en el ámbito de la química, del tráfico, de la construcción ciudadana y de la economía agrícola es el objetivo más importante de la política económica.

El tema del crecimiento económico es planteado, por lo tanto, en estrecha correlación con el de la ecología. El programa de Bad Godesberg de 1959, todavía válido para la socialdemocracia, partía del supuesto de un desarrollo constante, que debía acre-



FREUD

Una vida de nuestro tiempo

PETER GAY

Ediciones PAIDOS
Buenos Aires • Barcelona • México

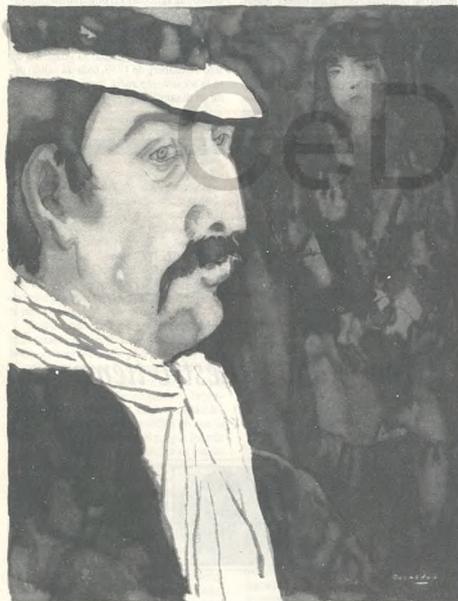
centar el bienestar general y permitir una redistribución más equitativa. El viejo concepto de desarrollo económico es puesto en cuestión a comienzos de los años setenta cuando el Club de Roma percibe en las proyecciones de las futuras tasas de crecimiento la vía maestra hacia la catástrofe. Hoy sabemos que las estadísticas sobre el crecimiento del PBI de un país dado no dicen nada sobre la calidad de vida. El crecimiento económico puede ser negativo, pero la calidad de vida puede hasta a veces mejorar (cuando, por ejemplo, existen menos accidentes callejeros). Al revés, la economía puede desarrollarse, pero la calidad de vida puede empeorar (cuando, por ejemplo, el crecimiento conlleva grandes daños al ambiente).

Partiendo de estas constataciones, la socialdemocracia alemana ha extraído la conclusión de que sólo un crecimiento económico selectivo puede ser aceptable. Su esbozo de programa proyecta, en concreto, un crecimiento que "asegura una vida según la naturaleza, mejora la calidad de vida, abre posibilidades futuras para todos, reduce las dependencias y promueve la autonomía in-

dividual, tomando superfluos los trabajos pesados y monótonos, crea nuevas condiciones de trabajo más humanas y estimula la creatividad de los individuos".

La finalidad fundamental de la economía es, en última instancia, la de defender o mejorar la calidad de vida de las generaciones presentes y futuras. El crecimiento económico es, en el fondo, un efecto secundario, un dato estadístico, que existe y que tiene valor a los fines de determinados cálculos económicos. No es por sí mismo un certificado de particulares méritos políticos, ni un objetivo político.

Quinto punto es el desarrollo tecnológico. Otro sector de la renovación económica es el del desarrollo de la tecnología. Ligada como estaba todavía a la fe ilimitada en la técnica, la SPD en los años '50 no había advertido su carácter bifronte. Hoy, para la SPD, la innovación técnica no significa, automáticamente, un mayor progreso social. Existen tecnologías que representan un peligro para el hombre y para la naturaleza, y como tales deben ser prohibidas o usadas de manera limitada. Deben ser, en cambio, incentivadas aquellas tecnologías que pro-



gen al hombre y a la naturaleza y acrecientan al bienestar. Seleccionar las tecnologías con base en criterios fijados mediante el diálogo con los ciudadanos, es un objetivo esencialmente político.

El último punto se refiere a Europa y a la renovación del orden económico mundial. Uno de los problemas fundamentales afrontados en el nuevo programa de la SPD es la creciente internacionalización de la economía y de la sociedad. Problemas coyunturales, ocupación, seguridad social, contaminación, energía y cuestiones monetarias: ninguna de estas cuestiones puede ser resuelta a nivel nacional. La creación de un ordenamiento económico equitativo y eficiente, que asegure entre otras cosas el equilibrio entre el Sur y los países industrializados, es una exigencia de la que cualquier política económica debe hacerse cargo.

El desarrollo de la Comunidad europea va en el sentido del progreso hacia un orden económico internacional más equitativo y democráticamente sólo en la medida en que asegura una coordinación mejor entre las fuerzas y los intereses del Sur y del Norte en el mundo.

Peró un ordenamiento económico mundial más equitativo no se crea sin la estrecha cooperación internacional de sindicatos fuertes. La Comunidad europea abre espacios de acción también en esta dirección. Ofrece a quienquiera la posibilidad de afirmarse y de influir sobre el mercado mundial. Para esto es necesario que se desarrolle en un espacio económico, monetario y social unitario.

La socialdemocracia alemana ha sido y sigue siendo un partido de programa, porque cree en la capacidad de mejoramiento del ordenamiento social. Y tiende a conquistar consensos mediante la fuerza de sus propias ideas y de sus argumentaciones. El esbozo de nuevo programa puede y debe, precisamente por esto, ser expuesto a la crítica y al análisis particularizado. De todos modos hoy puede afirmarse un hecho indiscutible: entre los partidos de la República federal, la SPD es el primero, y hasta ahora el único, que afronta la tarea de responder a los desafíos de nuestro tiempo con un proyecto de conjunto dirigido hacia el siglo próximo.

© Mondoperaio, 11/1989. Traducción: José Arión.

Un "viaje sentimental" por el Danubio

Conversación con Claudio Magris

Ramón F. Reboiras y José Andrés Rojo

La forma e un detritus

Si nos atenemos al modo de empezar y concluir de su viaje danubiano nos da la sensación de estar inmersos en un discurso sobre la inexistencia de las cosas. El Danubio, según la leyenda, nace de un sencillo grifo en Alemania y desemboca en pleno delta de alavión, en medio de una amalgama de pueblos y civilizaciones. Un curso en cierto modo händleriano que nace en el corazón de la Mitteleuropa y desemboca en las riberas soleadas de una parte, la oriental, cuyos vínculos son ya más periféricos con respecto al centro del sistema...

Recuerdo que cuando surgió la idea del libro nos encontramos en un camping entre Viena y Bratislava. Allí al lado, en un paisaje bucólico, discurría el Danubio y un poco más arriba una flecha indicaba la existencia de un "Museo del Danubio". Fue algo así como estar viviendo una experiencia amorosa y contemplar un cartel que indica el museo de tal experiencia. El río existía porque allí estaba aquella flecha indicando su museo; el deseo fue entonces plantearse que ocurriría de seguir su curso hasta la desembocadura. Asimismo se plantea otro problema ya que, en el plano del conocimiento, el tal Danubio no sabemos bien donde nace pero para este yo viajero sin embargo existe, está ahí. Por consiguiente todo el viaje se mueve en torno a la percepción del fluir de las aguas, de lo cual el viajero es-

El Danubio de Claudio Magris es una de las aportaciones de la literatura y del pensamiento europeo más importantes de los últimos años. Un título que evoca la iniciación y el testimonio. La iniciación a un mundo fragmentario que, por paradójico que parezca, puede vincular al Este y al Oeste en un proyecto unificado y un testimonio teñido inevitablemente de melancolía. Melancolía del yo viajero ante el curso de las aguas límpidas y turbias como el propio pensamiento: melancolía, asimismo, de un itinerario espiritual que desborda una y otra vez los límites precarios de la filosofía. Claudio Magris, triestino, profesor de literatura alemana, nos conduce no sin cierta perplejidad desde el nacimiento del río hasta su desembocadura, apoyándose en el bagaje de veinte años de profesar hacia la Mitteleuropa la pasión del conocimiento pero, sobre todo, amparándose en el contradictorio flujo de un "viaje sentimental". Colocándose de manera espontánea y natural de la parte de un mundo a veces quimérico y delirante, otras, como el viejo profesor Lukács o el humilde maletín de Sigmund Freud, motivados simplemente por el estímulo de ayudar a esclarecer un poco más las tinieblas del presente. La conversación que sigue es pues el testimonio, como él mismo dice, de un naufrago que se aferra a una tabla que no es un decálogo de valores, pero sí una exigencia de tales valores.

tá convencido como también de que, pese a todo, el mundo también existe. Con respecto a la desembocadura en ese delta tan complejo, se trata del descubrimiento de una parte tradicionalmente al margen que integra también lo que se conoce por Mitteleuropa. Es más, quizás es más mitteleuropea la iglesia negra de Brasov-Kronstadt en Rumania que una iglesia barroca de Viena. Se trata fundamentalmente de una dispersión progresiva de los vínculos, algo cercano a la muerte, al final, pero asimismo de una integración de la cultura por lo cual cada vez que el viajero se va acercando más a la desembocadura aquella se transforma en un rumor indistinguible. Un caso similar al del naturalista que de las trescientas especies de pájaros existentes en la realidad puede que conozca sólo dos; se trata de un paulatino irse dispersando que finalmente adquiere la forma de un detritus.

El Danubio es un libro fronterizo: por su escritura, que cabalga entre lo narrativo y lo ensayístico, pero sobre todo por sus preocupaciones. Siempre parece moverse entre dos polos sobre una línea sutil, alternando fulgores y oscuridades de los paisajes, los hombres y la historia que el río va dejando atrás. Así ocurre con el Sacro Imperio Germánico, una unidad frágil en la que pueden convivir distintos particularismos, pero más tarde la experiencia del III Reich, donde estos particularismos se sacrifican en aras de una unidad más fuerte y de



una idea definida de imperio. ¿En la Europa de hoy, cuál es el estado que atraviesa ese conflicto milenar entre fidelidad a lo universal y fidelidad a la tarea propia?

El viaje, y por lo tanto todo el libro, es un discurrir a través de la diversidad dándose un deseo de defensa de estos particularismos contra un agente, el río, que todo lo borra y olvida. El viajero debe superar las fronteras políticas y psicológicas; debe superar el aspecto negativo de la diversidad. La sensación de que la Mitteleuropa nunca ha existido pero que cada vez que actúa con soberbia se convierte en un infierno, en un átomo furibundo. No obstante, respondiendo a su pregunta, la Europa actual, aquella de los doce, no es posible si se olvida a la Europa del Este. El gran momento actual obedece sobre todo al sentimiento de que Europa no es sólo la mitad occidental, por otra parte con la idea de que no es aceptable tampoco ninguna imposición de unidad pero tampoco la de la fragmentación en un archipiélago. Por tanto, el viaje a través de este mosaico intenta vivir de forma personal este vavén de un mundo a otro; enamorar de las pequeñas ciudades sajonas de Rumania pero inmediatamente situar tal sentimiento en un contexto en el cual el pequeño patriotismo sajón ya no funciona; por lo cual debe ser recuperado en cuanto forma de existencia pero superado en lo que se refiere a la ce-reración política. Todo ello constituye un símbolo de la Europa naciente de hoy.

Europa en gestación

En este sentido se están dando en la Europa del Este dos hechos sumamente importantes: de un lado la relectura, por parte nuestra y también suya, de dos acontecimientos paradigmáticos: el 36 en Hungría la Primavera del 68 en Praga; por otro, el resurgimiento de una serie de nacionalismos —las repúblicas bálticas, la minoría húngara de Transilvania, Serbia o Kossovo— que refrescan de nuevo lo que la cien-

cia política ha llamado el fenómeno de la URSS aparece constantemente como fantasma más al Este que el propio Este. ¿Cómo puede influir sin embargo su proceso de reconstrucción y apertura en una época que hoy quisiera sea la única parte en movimiento dentro del conjunto europeo?

En primer lugar hay que considerar mi viaje danubiano como un relato de viajero que, como el propio río, es algo positivo y negativo; positivo porque, como el río, va más allá traspasando las fronteras; negativo porque puede convertirse también en el símbolo de la vieja civilización mitteleuropea que desea encerrarse en sí misma por temor de éste o aqué; aquella que anhela ser un bastión, un baluarte. El viajero sigue en su propia piel tales limitaciones; es alguien que no miente cuando contempla más allá pero que tampoco pretende prolongarse hasta esa parte, no porque no lo desee, sino porque en ese momento su única apuesta es el propio libro. En relación a cómo puede afectar la reconstrucción emprendida en la URSS, la sensación fundamental es la de ignorar si las reformas que se están produciendo allí son ese proceso incalculable que, de llevarse a cabo, tendrían una importancia universal. En realidad lo que está pasando en todos los países del Este es que los límites de la historia todavía están ceñidos por una cultura humanista; algo que ya no ocurre en la Europa postsoviética. En el libro esto se pone de manifiesto cuando se habla de Lukács, pero en general de todo aquél que no quiere adaptarse al proceso de automatismo social sino que, por el contrario, proyecta una utopía del deber ser en relación con lo que está pasando. En este sentido lo que considero de crucial importancia es el hecho de unos países que verdaderamente podrían aportarnos a nosotros, desde luego, un patrimonio humanístico, un pensamiento fuerte pero no totalitario, adquiriendo por su parte de la otra mitad de Europa en primer lugar, la posibilidad política de poder expresarlo... Una cosa queda clara, la de una Europa en

plena gestación, puesto que se trata de un parto. En tal proceso obviamente no es la Europa del Este la que tiene que convertirse en algo parecido a nosotros sino que debe ser un proceso recíproco. Por paradójico que parezca, estas naciones podrían proporcionarnos a nosotros muchas cosas de la vieja civilización europea que nuestra parte, mucho más "europea" por libertades e instituciones, tiende a ir perdiendo debido a las transformaciones propias del desarrollo económico y social.

La bella y la bestia

De esos polos contrapuestos entre los que, como señalábamos, gravita su libro, hay uno que nos interesa particularmente y que se podría ejemplificar con las figuras de Lukács y Jean Paul. El primero como paradigma del pensador moderno que razona según categorías fuertes, enmarcar el mundo en un sistema e instaura, por encima de las necesidades, unos valores. El segundo representaría lo contemporáneo: la sensación de lo inacabado, la imposibilidad de un sistema, la fragmentación de lo real. Sobre el horizonte que dibujan ambos personajes, sólo pensar en este momento, cómo puede perfilarse una utopía, cómo integrar un pensamiento fuerte en un mundo resquebrajado en el que los valores son devorados por las necesidades?

Creo que el yo que viaja se parece a Jean Paul precisamente porque es un personaje postmoderno que vive en sí mismo lo bueno y lo malo, las grandes chances, aquella del reconocimiento de una diversidad tan grande, pero asimismo la disolución de las jerarquías de valores o la propia personalidad que se asemeja a la cresta de una ola dentro de la inmensidad del mar pero no a la individualidad. El encuentro con Lukács, por su parte, es en cierto modo el encuentro con algo inaceptable en la forma en la que viene propuesto pero de la que, no obstante, es aceptada la exigencia que lo anima. La gran

lección de Lukács es la de oponerse a lo indistinguible de la vida, la de colmar la temporalidad, la de imponer al devenir leyes y formas; por consiguiente, la de un tipo de jerarquía de valores que no son lo mismo que las necesidades. Pese a todo, la idea del viajero es la de atravesar completamente la realidad moderna sin encerrarse en un gesto postmoderno, en una actitud aristocrática, sino continuamente movido por aquella exigencia de instaurar jerarquías de valores allí donde sea necesario porque aquello inaceptable del postmoderno es justamente esa coquería, ese kitsch, que considera ornamentos a los valores y que asume como una liberación el final de éstos. En este sentido mi libro es una polémica contra el postmoderno creado por alguien que lo vive en su propia piel, pero alguien que asimismo se niega a aceptar su énfasis, su patos temporal que puede arrojarla desde la Rupa Tarpa, aquella colina de Roma desde donde del imperio hacía despeñar las prostitutas y a otros descañados...

Lo decible y lo indecible

En las primeras páginas de su libro, citando a Hegel, puede leerse que "el método es la construcción de la experiencia". Se subraya así, de manera lateral, que aún los inesperados vaivenes de la vida deben pasar por una cierta formalización, una formalización que en sus límites podría estar representada por la obra de Wittgenstein. Este, sin embargo, parece el gran ausente de su libro. Ligado estrechamente a Viena y vinculado por lo tanto al Danubio, sólo aparece como el responsable del proyecto de aquella casa...

Acepto plenamente la ausencia de Wittgenstein en el libro, pero siendo éste un "viaje sentimental" está plagado de cosas ausentes. Sin embargo debo decir que existen unos personajes de los que no se habla pero que están interiorizados de tal modo que se convierten en una especie de yo crítico, casi el mismo que observa la realidad. Es el caso de Wittgenstein que, según mi parecer, está absolutamente en el interior del yo viajero; está en el límite entre lo que se puede expresar y lo indecible, en la gran cuestión de que si aquellas cosas que no se pueden decir son las más relevantes. En esa gran melancolía que existe en el Wittgenstein que ya acotando el terreno de lo decible por el lenguaje.

Un ángel también bifronte, vencedor y melancólico, habita las páginas de El Danubio cuando describe a Franz Kafka en su papel de humilde empleado y, todavía más, cuando habla de aquel sueño de Hitler una vez cumplida su misión de retirarse a la bucolica paz de su ciudad natal en las montañas de Austria...

Se trata de un sueño evidentemente falso pero inspirado en la complacencia de un mundo tan sumamente dominado por él, y por la destrucción que él ha creado, en el que ya es posible retirarse, ya que si toda la realidad ha terminado por ser un cementerio, concluida su tarea, se sentiría como un pacificador de todo un mundo muerto.

La periferia del mundo

Hablemos ahora de Trieste. Un componente fundamental de ese fronterizo cul-de-sac de la cultura europea moderna es la locura. La locura humanista pero asimismo las primeras veleidades de su tratamiento patológico; desde Sigmund Freud, padre del psicoanálisis, que Franco Basaglia que en el propio Trieste ejerció como fundador de la antipsiquiatría. ¿Guarda todo ello relación con una identidad escindida, esquizofrénica?

La novela de El Danubio

Si se acepta que *El Danubio* es un texto narrativo y no ensayístico, como quiere Magris, entonces se tiene la tentación de buscar en sus páginas esas marcas que se tienen asociadas a ese tipo de escritura, cuyo paradigma bien pudiera ser la novela, y que tal vez no sean otras que una cierta trama, la puesta en escena de las peripecias de unos personajes y una suerte de melodía que recorre subterráneamente el texto y que permite configurar, al cabo, un cierto sentido a partir de lo que se narra. Es evidente que el protagonista de carne y hueso del libro es su narrador. Un narrador del que se saben, en verdad, bien pocas cosas. Por lo que dice en ciertos momentos, puede sospecharse que su nombre coincide con el del autor del libro y que "el ocre y amarillo anaranjado de los edificios danubianos, con su tranquilizadora y melancólica simetría", son un color de su vida, "el color de la frontera, del límite, del tiempo". También se sabe que a ese personaje lo acompañan en su recorrido unos amigos —Gigi, Amédico, Maddalena, Maria Giuditia, Francesca— y que, en determinados lugares, se deja guiar por distintos adultos, no conocidos. No sería descabado pensar que ha dedicado parte de su vida a la enseñanza y, por lo demás,

páginas fan en las que se afana tras el frescor de una cerveza, y otras en las que permite adivinar algunos detalles que lo animan a seguir viviendo, como cuando dice: "las piernas de la camarera que sirve la mesa (...) son un motivo más que suficiente para permanecer en el mundo el mayor tiempo posible".

Por, en esa novela del Danubio, lo que sobre todo llama la atención de su protagonista es su inmensa erudición. Una erudición, sin embargo, que no es la erudición muerta de los muscos y las bibliotecas, sino una singular pasión que consigue insuflar vida a las sombras. Y son esas sombras, mucho más que sus amigos y conocidos, los otros personajes del libro. Los que acosan al personaje central, los que lo ponen en dificultades, obligándolo "a ajustar las cuentas con su mundo y con sus certidumbres".

La trama de *El Danubio* es la que marca el azaroso curso del río, cuyas aguas despiertan del letargo tiempos y espacios remotos. Y al despertar, despiertan en ellos esas sombras que recorren su vida para entrar en relación con ese personaje que, a pesar de sus rasgos de adulto, no parece sino un aprendiz. Sombras que terminan por componer, casando como piezas de un rompecabe-



La identidad de frontera puede ser una condición privilegiada pero al mismo tiempo una maldición; se da la fortuna de poder conocer al otro, lo cual puede ser vivido como un entusiasmante, pero también hay épocas históricas en las que la frontera se convierte en un lugar de confrontación, en una obsesión, en un lugar cerrado. La misma Praga de Franz Kafka era un lugar privilegiado pero contemporáneamente desastroso; el propio Kafka exclamaba: "Esta madre que me tiene atrapado entre sus garras y no me deja marcharme!" Con respecto al Freud del que se habla en el libro ("ese modesto y tranquilizador malefén de piel me hace pensar en todos aquellos a quienes debo la segura seguridad que poso..."), quería referirse a aquel Freud padre de familia que iba de excursión a la montaña; en contra de las fáciles teorizaciones actuales del psicoanálisis cuyo patos se convierte en válido para todo y al mismo tiempo para nada, que incluso interpreta como un símbolo fálico la presencia monetaria. Contraponer esa cautela melancólica, esa discreción no totalitaria, a aquellas grandes teorizaciones que

según mi opinión no son psicoanalíticas. La locura por su parte no existe solamente en el individuo sino también se da en la historia como delirio de una razón superada. Mitteleuropa la ha representado con una fuerza enorme, pensamos si no en el Auto de Fe de Elias Cantini. Siempre existe el riesgo con la cultura de emitir excesivos diagnósticos y poner demasiadas mayúsculas a problemas considerados como locura y que, realmente, son vivencias menores y de todos los días.

Una larguísima lista de personajes, desde el antropólogo Winckelmann al propio Freud, pasando por un nutrido grupo de escritores locales (Umberto Saba, Inigo Svevo) y ajenos (Joyce, Rilke, ha confundido una imagen de Trieste como un punto de fuga en la civilización europea moderna; un teatro de la memoria pero también de la desaparición. ¿No le da la impresión de ser un testigo ulterior y melancólico de un mundo definitivamente enterrado?

Por supuesto; pero siempre de un modo natural y espontáneo. Haré algún comenta-

CLAUDIO MAGRIS
— Danubio, Barcelona, Anagrama, 1988.
— "Mitteleuropa: realidad y mito de una palabra".
— Letra Internacional 10.
© Letra Internacional 14.



Marguerite Yourcenar

EL TIRO DE GRACIA

EL TIRO DE GRACIA es una arrebataadora historia de amor marcada por un extraño triángulo, basada en un hecho real. Otra novela de la autora de OPUS NIGRUM y COMO EL AGUA QUE FLUYE. ALFAGUARA.

Jürgen Habermas

TEORIA DE LA ACCION COMUNICATIVA I
Racionalidad de la acción y racionalización social

En su búsqueda de un sistema que sirva de apoyo a una crítica de la sociedad, el filósofo alemán presenta en forma sistemática las claves de su original propuesta teórica. TAURUS, 520 Págs.

DISTRIBUYE AGUILAR
BEAZLEY 3860 - 1437 BUENOS AIRES-TEL. 91 4000/4111/1535/1406



Torcuato S. Di Tella, Paz Gajardo, Susana Gamba y Hugo Chumbita

DICCIONARIO DE CIENCIAS SOCIALES Y POLITICAS

Comprende más de quinientos conceptos básicos de sociología, política y economía, en su interrelación con otras disciplinas. Se trata de un ámbito de las ciencias sociales y políticas cruzado por diferentes visiones y teorías, representadas en los aportes de más de un centenar de especialistas que colaboraron en los artículos temáticos.

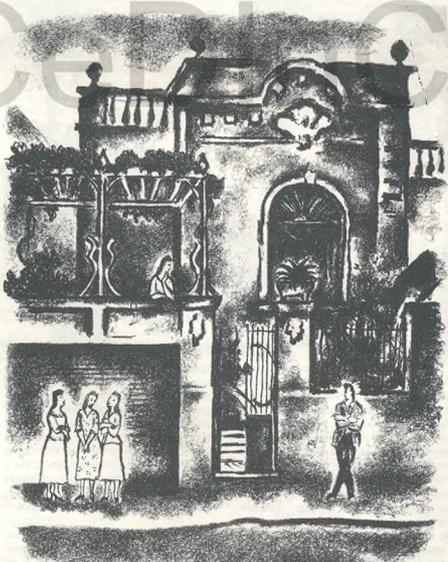


El Bolívar de García Márquez

El piolín de Ariadna (algunas indicaciones para salir del laberinto)

Miguel Ángel García

El general en su laberinto, de Gabriel García Márquez, no es, en realidad, una obra de ficción aunque haya sido construida con las técnicas narrativas propias de la novela. El suyo es un Bolívar "de tesis" que habla a través de frases de sus cartas y proclamas o de las interpretaciones que a éstas le dieron las distintas generaciones de historiadores e ideólogos. El Bolívar aislado, envejecido y al borde de la derrota y la muerte, ¿es un apólogo de Fidel Castro? El laberinto de Bolívar no es el nuestro; identificarlos es sólo un nuevo modo de construir el mito. Estudiar la lógica de nuestro laberinto es más productivo que llorar la caducidad del viejo.



En 1826, cuando estaba por anunciar públicamente su proyecto de Federación de los Andes, Bolívar escribió al general Santa Cruz: "Voy a entrar en un laberinto horrible". En diciembre de 1830, según las memorias de Réverend, exclamó en su lecho de muerte: "¿cómo voy a salir de este laberinto?". Es esta segunda frase la que tomó Gabriel García Márquez de título y el cierre de su libro. De un laberinto se trata, por lo tanto. En el que el héroe dejó sus huellas sin haber encontrado la salida, y en el que el narrador colombiano nos sitúa idealmente. Los laberintos, tan amados por los jardines italianos del período barroco, son construcciones lógicas, bromas de la razón. Representan la historia y el pensamiento como sucesión de disyuntivas que se acumulan, formando un todo. Hay una solución constructiva de los laberintos: el conocimiento, o la deducción, del algoritmo constitutivo. Y hay una solución empírica: la memoria de las decisiones pasadas, o sea el famoso hilo (o piolín, esa palabra ajena a la salsa colombiana) de Ariadna.

El general en su laberinto no es una obra de ficción aunque utilice las técnicas narrativas propias de la novela. Recuerda un género en boca de los años treinta, la historia novelada (pienso por ejemplo el *Magister Zelig* de Stefan Zweig). Solamente un realista a ultranza puede negar la realidad de una tal operación. La contaminación de la novela con objetivos extra-narrativos es parte integrante de la historia de la novela, en la cual ha sido un reiterado mecanismo de revitalización. Lo que caracteriza a la "historia novelada" no es el uso de material histórico, sino el planteo de problemas y de tesis históricas en una posición central, a la que se subordina la estructura narrativa. Un historiador que recriminara a un novelista el haberse tomado libertades con un personaje histórico sería sólo un imbécil del tipo de Zdanov. El novelista no tiene la menor obligación de atenerse a la verdad histórica, ni a la verdad de las leyes físicas. En la narrativa las cosas pueden caer hacia arriba, con velocidad directamente proporcional a la musicalidad de su nombre en hebreo, y José de San Martín puede haber sido un pirata homosexual del estrecho de la Sonda.

García Márquez, sin embargo, nos propone su laberinto. Y en él reconocemos el problema que hemos intentado —quizás sin conseguirlo— resolver con los instrumentos de la crítica histórica. Su obra se ubica decididamente en la tradición de la "historia novelada". El suyo es un Bolívar "de tesis", que cuando habla lo hace a través de frases de sus cartas y proclamas o a través de las interpretaciones que de esas frases hicieron generaciones de historiadores e ideólogos. El oficio del narrador ha revestido de carne este esqueleto, acentuando (a veces hasta el límite de lo grotesco) la fisicidad del personaje. Ha bajado a Bolívar de su pedestal en alguna de las incontables plazas que decora, le ha quitado de los hombros la bota de palma, ha fundido el bronce que lo cubre y nos lo ha presentado desnudo y enfermo. Pero lo ha hecho por fuera, y no por dentro; las palabras de su Bolívar son todavía de bronce y provienen del pedestal vacío.

Que la narración sirve a la presentación de las tesis y no a la inversa se evidencia en el mismo mecanismo narrativo. García Márquez dedica una atención casi maniacal a las peripicias del cuerpo físico del héroe. El suyo es un Simón Bolívar de olores, sabores y dolores, que tose, vomita, se afeita, se baña, se arranca los pelos de la nariz, tiembla de fiebre, suelta "ventosidades pedregosas y fétidas" o "fragantes". Un metrónomo sensorial hecho de olores y sabores marca ritmo y tiempos de la narración: del agua de colonia del pañuelo con que se cubre la boca, del mate de apolpa que bebe, de las "flores de sepulcro" que lo hacen vomitar, de las hierbas aromáticas del baño, de la persona de Miranda Lyndsay, de las guayabas de su habitación de Monpox. Termina encontrando, en el olor del ingenio de Santa Marta donde lo esperaba la muerte, el olor del ingenio de San Mateo donde había nacido.

La materialidad física del personaje es así subrayada por la presentación de su cuerpo desnuado, del que se describen minuciosamente los estragos que la enfermedad produce. Pero el recurso privilegiado del escritor colombiano es el uso del punto de vista del siervo personal de Bolívar, el esclavo mulato José Palacios. El héroe, visto desde la cocina, es sobre todo cuerpo, estados de ánimo, asuntos domésticos, explosiones de ira, abandonos, divagaciones, enfermedad sin adornos, sucia e ignoble. La historia, desde este ángulo de visión, se ve desde el otro lado, hacia afuera, en un serpiblico que el autor nos deja entrever sólo a través de los resquicios que quedan en la densa trama de la cotidianidad.

Lo que se alcanza a ver a través de los agujeros sapientemente distribuidos es el Bolívar del mito. El Bolívar grande, frente a los hombres pequeños que son sus enemigos y sus herederos. El Bolívar revolucionario, frente a los caudillos mezquinos y conservadores. El Bolívar unitario y latinoamericanista, frente a esos pueblos litigiosos y divisionistas. El Bolívar de bronce, ni más ni menos, ese paradigma ecuestre que nos hacían tragar en los bancos de escuela. El autor no completa la operación de desnaturalización con una operación de desmitización: más aún, refresca el mito al filtrarlo a través de la fisicidad cotidiana del gran enfermo. Y es así como se queda —y nos deja— dentro del laberinto, junto al cadáver del héroe caído, sin otra hipótesis acerca de la salida que la que le otorga el protagonista al corredor cegado de Santa Marta.

Desenrollemos un poco de piolín del ovillo de Ariadna. El Bolívar real (y me refiero al público, y no al privado) se diferencia menos que lo que puede pensarse de los otros generales revolucionarios. Pérez, Santander y hasta el mismo Sucre compartan, en el bien y en el mal, el horizonte intelectual, moral y político de Bolívar; habría que atribuir más bien a sus respectivos roles la diferencia de actitud: se encontraban en una posición que los volvía más sensibles a los sentimientos y a los intereses de la gente que gobernaban, y los alejaba de las grandes

proyectos geopolíticos de su comandante en jefe. Su resistencia es sintoma y no causa del fracaso del suceso.

Todos ellos tenían una visión fuertemente oligárquica y restringida de la democracia. La palabra oligarquía ha sido usada en América Latina hasta gastarla, hasta privarla de significado. Oligarquía viene del griego "oligo", pocos; significa gobierno de pocos, gobierno de una minoría. Los hombres de la independencia se dividieron en dos partidos: los monárquicos y los republicanos. Unos y otros eran partidarios de la forma oligárquica de gobierno: los asuntos públicos eran reservados a las aristocracias de propietarios y notables, excluyendo en forma expresa y legal del voto a los trabajadores, los pobres y los indios. Es lo que establece, por ejemplo, la constitución bolivariana.

En estos tiempos de horror ante la dictadura del proletariado, ante el declinismo lento y hasta garbado de la gran verdad por Robespierre, conviene recordar que los revolucionarios de la independencia creían firmemente en el Terror, en la represalia, en la tortura, en el escarmiento a través de la masacre de inocentes, en la ejecución física y sin proceso. Bolívar, si se distinguía en algo de sus compañeros, era por su amor particular por los métodos represivos —ejercidos con un caprichoso estilo de autócrata— y por su teorización constitucional de la dictadura como forma de gobierno más apropiada para la ex-América española.

En cuanto a la sensibilidad social, si Bolívar se diferenciaba de los demás jefes revolucionarios era por la derrota. Aceptó tarde y a regañadientes la liberación de los esclavos, y no puede por cierto acusarlo de simpatía y blandura hacia los indios. Los generales de la revolución, cuando pensaron y actuaron en términos económicos y sociales, favorecieron el desarrollo de la hacienda o plantación agroexportadora, sobre la base de un peonaje semi-servil a la manera mexicana. Si no siempre consiguieron hacerlo, no fue por culpa de ellos, sino del despertar de las masas que el mismo movimiento independentista produjo involuntariamente.

Oligarquía, dictadura, militarismo, peonaje semi-servil. Estos son los legados de la revolución del ochocientos, junto con la independencia, el anticolonialismo, el laicismo, la libertad de empresa, el liberalismo. En lo bueno y en lo malo Bolívar era un hombre de su generación. No es aquí donde hay que buscar las raíces del conflicto que opuso el Libertador a sus generales; no es este el laberinto. García Márquez presenta la cosa sin engaños, con sólo un dejo de antipatía —quizás caracterial— por el andino Santander.

El laberinto consiste en la concepción del Estado nacional, de sus límites, dimensiones, naturaleza y, sobre todo, de su principio de legitimidad. Bolívar, en numerosas ocasiones, proclamó la unidad de los hispanoamericanos (no de los latinoamericanos) en una única entidad estatal. Sus contradicciones reclamaron un cambio al autonomismo estatal de las regiones que habían independizado del colonialismo español. Es Bolívar el que aparece "grande" y moderno, precursor de la unidad latinoamericana; son sus opositores los que aparecen "pequeños", responsables del ciclo sucesivo de las guerras civiles, padres de patrias muertas. La primera observación se refiere a la diferencia entre concepción ideal y política real. El plan de Bolívar, traducido en estrategia política, no sólo excluía el Brasil y Estados Unidos —lo que podía ser considerado lógico en su visión hispanocéntrica— sino también el Río de la Plata, Chile y las Antillas. "No se olvide usted jamás de las tres

advertencias políticas que me he atrevido a hacerle: primera, que no nos conviene admirar en la Liga al Río de la Plata; segunda, que no nos conviene adimir en el Brasil; y tercera, no libertar a La Habana. Estos tres puntos me parecen de la mayor importancia, pues creo que nuestra liga puede mantenerse perfectamente sin tocar los intereses del sur y del norte; y sin el establecimiento de una nueva república de Haití" (carta de Bolívar a Santander, en el período de preparación del Congreso de Panamá). Fracasado el intento, el plan de Bolívar se concreta como Federación de los Andes (Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia), y fluctúa entre la dictadura republicana y la monarquía, hasta que se disuelve en sus partes componentes.

Un examen más cuidadoso del estado ideal de Bolívar pone seriamente en tela de juicio su modernidad. Para sus opositores la legitimidad de las nuevas formaciones estatales surgía del consenso (organizado en forma oligárquica, por cierto, existe era el horizonte común) de los pueblos liberados: era un consenso desde abajo. Para Bolívar la legitimidad provenía del acto de la independencia: venía desde arriba, de un acto de voluntad armado, que se consagraba en el reconocimiento de las grandes potencias (de aquí por ejemplo los coquetos de Bolívar con la idea de monarquía homologable al sistema europeo, como antes de Iruibide, San Martín y Rivadavia, y después la desdichada experiencia práctica del monarca mexicano).

En el período 1815-1848 ("between revolutions"), que lo llamaron los ingleses) la legitimidad desde abajo era el principio nuevo, y la integridad de las viejas

unidades geográficas era el principio caudico. "Nuevo" era la independencia de Bélgica, de Grecia, de Italia; "viejo" era la reconstrucción de las viejas manzanas imperiales que el 48 enteraría definitivamente. El mundo del 1825 era muy distinto del actual; Europa limitaba con dos grandes imperios unificados: el Ruso y el Turco. Más allá se extendían los imperios asiáticos: el Persa, el Manchú y el Indio, este último bajo la dominación de Inglaterra. La historia del mundo desde entonces ha sido en buena medida la de la explosión de todas estas "prisiones de pueblos".

Es cierto que ha habido intentos de pasar de los imperios a la moderna legitimación del estado sin romper la integridad de las viejas unidades geográficas: fuertemente Estados Unidos, Austria-Hungría, URSS, India y China. La experiencia histórica parece demostrar que una tal legitimidad "multinacional" es realizable sólo a través de revoluciones profundas, que implican de hecho la destrucción de la vieja unidad imperial y la creación ex-novo del estado y de sus bases de legitimidad. Y "realizable" no quiere decir "inevitable", como lo demuestra la URSS de hoy. La experiencia más exitosa parecería ser la de Estados Unidos, con numerosas circunstancias adicionales: (a) una guerra de independencia que contuvo la primera revolución institucional moderna (en erga marx-leninista, "democrático-burguesa"), capaz de preceder e inspirar la revolución francesa, elogiada por muchos autores (entre los cuales Marx) por su radicalidad democrática; (b) una guerra civil de un millón de muertos (en la que pudieron haber nacido dos estados distintos por lo menos) para resolver la principal anomalía social (el esclavismo); (c) una oleada inmigratoria de dimensiones únicas en la historia, que anegó tempranamente la población originaria y

sus problemas no resueltos, identificándose directamente en el nuevo estado, y no en los localismos precedentes.

No era este por cierto el caso de la ex-América española, cuya revolución independentista se limitaron a encuadrar siervos y ex-esclavos en las haciendas. El imperio de Bolívar, si hubiera tenido éxito, habría tenido como base social el "peonaje encasillado" a la manera mexicana, algo muy poco compatible con una institucionalidad moderna. Incapaz de proporcionar a afirmar una nueva legitimidad desde abajo hubiera sido una simple "prisión de pueblos", a mitad entre el imperio ruso y el imperio turco, y hubiera terminado probablemente barrido por grandes rebeliones de pueblos hacia 1848. Como lo fue —con un anticipo que obliga a revalorar a los "caudillos" localistas— hacia 1828. Lo que es milagroso no es la escisión del ex-imperio español en distintas entidades nacionales, sino la capacidad unitaria que tuvieron algunas burguesías ciudadanas —a veces ni siquiera eso, sino simples "ejércitos de ocupación institucional"— para evitar una balkanización mayor, y crear estados modernos de dimensiones respetables. Colombia y el Río de la Plata, por ejemplo, pudieron muy bien ser otros tantos Centroamérica, y casi lo fueron.

La trampa del laberinto, por lo tanto consiste en que es otro. No el de Bolívar, sino el nuestro. Lo que nosotros llamamos "unidad latinoamericana" es un concepto de la segunda mitad del siglo XX, que presupone la predecible formación de los estados nacionales, chicos o grandes, que fueron. Imaginar un europeo que reivindica a Carlos V como precursor de la unidad de su continente sería completamente ridículo. Ningún italiano piensa por ejemplo que haya sido una desgracia la división entre Nápoles y España, y menos que me enojos lamenta a un belga por no depender de la Suiza. La unidad europea es entendida como un ideal moderno, que supera y abarca las duramente conquistadas dependencias nacionales. Es una curiosa enfermedad latinoamericana esa de reflejar antiguos proyectos fallidos de autócratas para fundamentar nuevas aspiraciones, no sólo democráticas sino también totalitarias. Cabe pensar que hay algo que falla en nuestros planes modernos, a lo mejor ni en nuestros tics ni sus socialistas.

Algun crítico malévolo ha querido ver en la biografía del Bolívar aislado, envejecido y al borde de la derrota y de la muerte un apólogo de la situación otro grande soldado latinoamericano, de Fidel Castro. Nada en el libro deja suponer eso, ni la amistad del autor hacia el líder cubano autoriza a imaginario. Sin embargo, el interés de García Márquez por el Bolívar de la caída no puede ser casual, ni limitarse al amor del autor por el río Magdalena y la costa colombiana. También la "Revolución continental" del castroismo fue un laberinto, en el que puede haber quedado atrapada la nación cubana, junto con grupos de intelectuales y de activistas políticos de todos los países latinoamericanos. También el comunismo castro entendió la esencialidad como el fruto de un acto de voluntad armada, legitimada en el sistema de las potencias (o de los "bloques", como diríamos ahora). No sería lógico extender el paralelo: cada laberinto tiene su algoritmo constructivo. Estudiar la lógica del nuevo puede ser mucho más productivo que llorar la caducidad del viejo. Es a la historia de hoy que tenemos que encontrar una salida.

Novedades del Fondo

Daniel Chudnovsky - Juan Carlos del Bello
Las economías de Argentina e Italia
Situación actual y perspectiva de asociación

César Paternosto
La cultura inca
Una visión contemporánea

Robert L. Heilbroner
La formación de la sociedad económica

Diana Tussie
Los países menos desarrollados
y el sistema de comercio mundial.



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

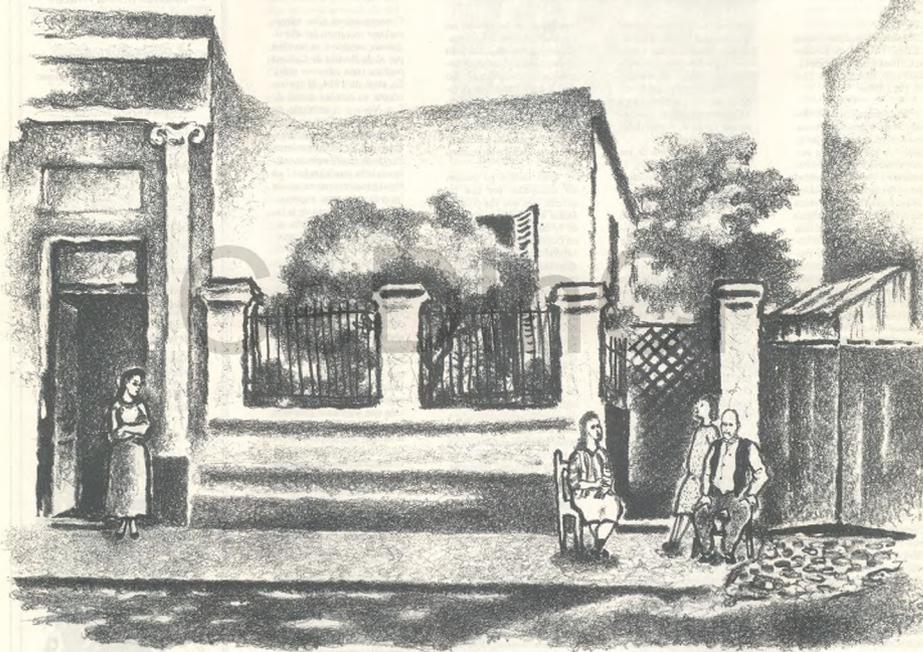
Suipacha 617, 1008 Buenos Aires <> Tel.: 322-7262/0825-9063

Ensayos

¿Habermas o Rorty? La disputa contemporánea sobre ética y acción política

Comunicación y Liberación

Rémo Bodié



A l dilatarsse el pensamiento metafísico tradicional, y al perder prestigio aquellas filosofías que habían tratado de articular la realidad y el saber sobre la base de una razón universal y unitaria (casi marmórea), cuyas formas precedían al conocimiento efectivo de los contenidos particulares, parece volver a estar en auge, al mismo tiempo, un moderado o radical relativismo escéptico. En realidad, como veremos, las cosas no son así y tras este rótulo se ocultan gran cantidad de serios problemas de distinta naturaleza.

De alguna manera tal "escépticismo" enfatiza la pluralidad y la autonomía de las culturas humanas, y se llena de pathos y de participación empática, ante la vista de todo aquello que en filosofía se propone como

El descrédito de la dialéctica ha llevado a la disociación de la pareja conceptual contradicción-desarrollo. Cuando la comunidad se basa en Nosotros y no en Los Otros. Todavía puede hipotetizarse la difusión, más allá de las élites, de una política y una moral fundamentadas en la prudencia y la sabiduría.

distinto, anómalo, caótico no remisible a la identidad o a la coherencia, ni sometible a la primacía histórica de una civilización hegemónica. Porque, en efecto, tras la idea de unidad de la razón humana se sospecha una voluntad de poder, inhibidora del crecimiento divergente de otras expresiones del pensamiento o, en el mejor de los casos, un

fantasma cultural que no se corresponde con nada.

La polémica se ha hecho más fácil porque las diferencias de opinión son presentadas en forma cortés y civilizada, con un *gentleman's agreement* o *disengagement*, que se cuida muy bien, sin embargo, de profundizar los temas con argumentos racionales,

con aquello que los antiguos llamaban *logos didáctico*, o *reddes rationem*. Pero, aunque esta actitud revela una mayor tolerancia, con frecuencia puede ser el índice de una indiferencia teórica y moral, cercana al desprecio, con relación a las personas o al grupo con el que se discute. Es como si se dijera: no vale la pena perder el tiempo allanando diferencias y prejuicios acendrados; los dejo gustoso con los de ustedes siempre que sean compatibles con los míos. Se puede llegar finalmente —para usar un término del lenguaje político italiano— a una *lottizzazione* (un reparto político) de la verdad. También es posible, que tal reticencia o rechazo para afrontar una búsqueda común de consenso o de verdad, pueda estar sugerida por el temor a descubrir, al vislum-

brar el averno, contradicciones o contraponiciones insuperables y, posiblemente, injustificables; por el temor a descubrir una racionalidad conflictual y dividida o, en fin, de ir al encuentro del peligro, aceptado por Freud, de poner en estado de agitación al Aqueronte.

El mismo descrédito a que ha llegado la dialéctica —entendida como teoría de la razón que se desarrolla, no a pesar, sino gracias a la contradicción— ha llevado a la disociación de la pareja conceptual contradicción/desarrollo. Muchos consideran que el desarrollo del pensamiento, y de la realidad, ya está bloqueado y transforman a la contradicción en algo menos traumático y comprometedor, como la *différence* o *différance*. La filosofía, entonces, considerando que el camino de desarrollo de la racionalidad está clausurado, habiendo perdido las esperanzas en el futuro, se limita a esta altura, con frecuencia, a "deconstruir" el pasado (Derrida), revalorando la tradición, la memoria, y hasta los prejuicios (Gadamer). Hoy se tiende a considerar, en general, que las actuales dificultades teóricas y prácticas no se pueden resolver, en forma inmediata, mediante el recurso a una racionalidad compacta y unitaria.

Una vez perdido ese fundamento de verdad en el que debería basarse todo discurso, y sin confianza en el triunfo de un futuro de progreso, sería ingenuo tratar de ampliar, de modo iluminista, la esfera de la verdad y el consenso, y restringir, en la misma proporción, la de la falsedad y el disenso. No quedaría otra posibilidad que la *pietas* por un pasado que muere y, en las palabras de Hegel, por un presente siempre postrado, incapaz de recuperarse de su larga enfermedad. Al pensamiento sólo le sería posible una postura *Verwindung*, propia de un convaliente, en lugar de la precedente postura promética del *Ueberwindung*.

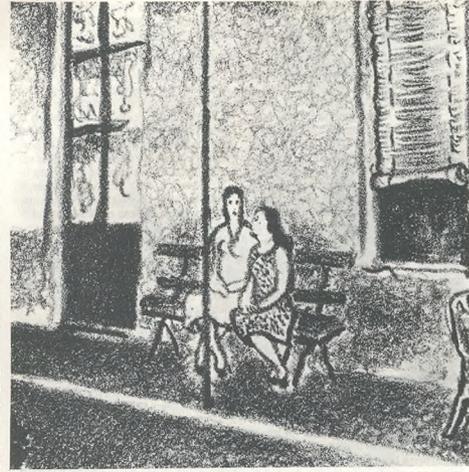
De la razón al bricolage

Allí donde las filosofías del pasado habían concentrado sus esfuerzos para individualizar una estructura constante del pensamiento humano, en el espacio y el tiempo, para tender puentes entre pueblos y generaciones, la cultura, no sólo filosófica, parece poner el énfasis en descartar todo esquema unitario que siga una línea ascendente.

Las pretensiones de una unidad y de verdades universales, y su propia necesidad, se han atenuado. Existe, por cierto, un mayor respeto por lo diferente y por el Otro (con la o mayúscula como pretende Levinas). Y esto tiene validez no sólo en el plano teórico, sino también en el ético y el político. A la vez, algunas de las influencias que provocan estas actitudes provienen de una extralocalización de lo que ocurre en el ámbito de las ciencias; provienen de una revalorización del papel que le corresponde al *bricolage* en la evolución de Jacques Monod, o del cumplimiento por la estabilización del azar, o por el desorden creador de nuevos órdenes, en Ilias Prigogine. El elogio del azar, en el libro de Odo Marquardt *Apologie des Zufälligen* (Stuttgart, 1986) representa en este aspecto un buen ejemplo.

En la actualidad estas justas reivindicaciones parecen querer incrustarse en el campo de la filosofía —como en los tiempos de Spengler— hacia una concepción mística de las culturas, e intentar, o su total separación, u opciones con frecuencia declarada y orgullosamente etnocéntricas.

Llegamos ahora al núcleo de la confrontación con Habermas, dando por descontado el conocimiento de los puntos fundamen-



tales de su posición. Analicémos, entonces, los motivos de los ataques que Richard Rorty lanza contra la teoría de la universalidad de la razón, o de un consenso ilimitado, aunque dicha teoría haya sido concebida como forma de anticipar una humanidad todavía no preparada para lograr ese paso, para abandonar conflictos y discrepancias, en principio, resolubles.

De manera mucho más nítida que en *La filosofía y el espejo de la naturaleza* (1979) o en *Consecuencias del pragmatismo* (1981), a partir de *Solidaridad y objetividad* (1983) y hasta llegar a sus más recientes *papers*, Rorty puso el acento, cada vez más, en la dislocación del problema de los acuerdos entre los hombres, del plano puramente teórico de la autoreflexión, de la acción comunicativa habermasiana o del trascendentalismo de Apel, al *plano comunitario*, en el que se forman y desarrollan las creencias y convicciones de los hombres. De esta manera Rorty se inserta —como muestra también su recopilación de ensayos de 1982 *Consecuencias de Pragmatism*— en la tradición pragmatista de James y de Dewey, para los cuales la verdad es el resultado de reglas y procedimientos aceptados dentro de una comunidad determinada.

Su postura no tiene como único fundamento la declinación de la filosofía analítica americana; o la recuperación del pragmatismo "indígena"; o la aceptación de algunas tradiciones "continentales", antes desechadas, como ser la de Nietzsche; o la hermenéutica, tanto de Heidegger como de Gadamer.

En realidad, él rechaza aquellos que han sido los presupuestos plurimilenarios o pluriseculares de la filosofía occidental: la idea de fundamento, de reflejo de la realidad a través del espejo no deformante de la mente, de evidencia de los elementos simples, de coherencia puramente lógica, de trascendencia y trascendental. No quiere entregarse a una "neurótica búsqueda carteriana de la certeza", aunque no por eso pretende privar de justificación a nuestras razones para creer, pensar y actuar.

Según Rorty, las posturas ejemplares existentes en la historia del pensamiento, acerca de la verdad, son dos (y esto también

se afirmó en amable polémica con el libro de Hilary Putnam, *Reason Truth and History*). La primera, que se hace remontar a Platón, amarra la verdad a una dimensión extrahumana, a una objetividad que está por encima de toda regla establecida por grupos humanos concretos; la segunda, que se hace remontar a Willam James y John Dewey (a un pragmatismo trágico, no candidamente optimista, porque es consciente de la precariedad de la vida), enlaza la verdad a las prácticas sociales efectivas de justificación y de control por parte de determinadas sociedades.

Platón, a fin de soslayar el relativismo sofístico y etnológico —por el cual, por ejemplo, según Herodoto, los Massagetas se comían a sus padres por creer que la mejor tumba es el estómago de los hijos y rechazar, de haberlo conocido, el sistema griego de la pira—, elabora una teoría de la verdad no ligada a la comunidad de los dialogantes concretos, sino a una comunidad artificial, que fija las reglas de validez del discurso enganchándolas a esencias (ideas) extrahumanas. La verdad se fundamenta así en procedimientos de carácter autorreflexivo, propios de una comunidad artificial restringida tal como la de los filósofos de una escuela determinada. Así la filosofía aparece como el lento y volátil destilado de la razón pura de toda la humanidad, que desde todos los tiempos y todos los lugares se fue acumulando, gota a gota, en un recipiente sagrado; o, como una "torre que no se derrumba", por que en vez de estar cimentada sobre las arenas movedizas de las opiniones subjetivas y de los prejuicios de cada pueblo, se apoya firmemente sobre el granito de la *episteme*, de la ciencia.

En contraste con dicha posición está aquella que transforma la objetividad en solidaridad, que vincula la verdad a prácticas reales de justificación y control, vigentes en una comunidad específica basada en Nosotros y no en los Otros. En esta acepción lo verdadero sería aquello que encuentra menos resistencias para ser aceptado por los hablantes, que han adoptado ciertas reglas fácticas, históricas, de verificación; y falso lo que encuentra mayor resistencia. La postura de Rorty (utilizando variantes de la her-

meneútica heideggeriana, atacando en masa la filosofía analítica anglosajona, intentando diferenciarlas en posturas como las de Habermas y Putnam y, en el plano del debate sobre la "racionalidad", de aquellas de Martin Hollis y Steven Lukes) resulta muy interesante, pero muestra también resultados dudosos.

Para el liberal Rorty no se trata de deslegitimizar la razón, o de caer en posturas aislacionistas en el plano intelectual o moral, o de proponerse la búsqueda de "raíces" compartidas en un mundo dominado por la incertidumbre. A él le interesa la "esperanza social", quiere captar, en cada caso, el sentido de los procedimientos argumentativos, o el porqué de determinadas normas éticas. Sostiene, únicamente, que los valores abstractamente universalistas, o trascendentes, desvirtúan a las comunidades históricas singulares y les impiden resolver problemas concretos y específicos.

Las pretensiones de universalidad

(Pero entonces, cómo encontrar formas de verdad que no estén atadas a prejuicios etnocéntricos?) Es aquí donde Rorty, en los últimos años, tiende a cambiar y a desplazarse lentamente de una mayor a una menor confianza en las posibilidades de crear puentes de comunicación entre los hombres, que pertenecen a un planeta interconectado mediante todo tipo de medio de comunicación, y unificado por idiomas formalizados de origen europeo y transformados en universales. Un planeta, sin embargo, dividido política y económicamente y donde se están desintegrando las diferentes "mundos de la vida" que cada colectividad comparte. Esta situación —como veremos— hace más creíbles las pretensiones de universalidad de Habermas y Apel que las de Rorty, porque éstas destruye las bases de la idea misma de valores compartidos con una cierta constancia (sin tomar en consideración los degarismos que siempre ha sufrido toda *Gesellschaft*, moderna o no tanto, y también toda *Gemeinschaft*, en el sentido dado por Tönnies, si se ha dado alguna vez en estado puro).

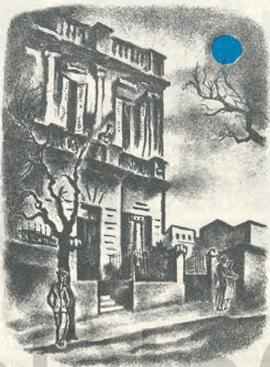
El mismo Rorty había observado, en *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, que los colonos ingleses y los aborígenes de Tasmania no tenían mayores dificultades para comunicarse entre ellos, que las tendidas en su momento por Gladstone y Disraeli. El no quiere admitir —como tienden a hacer Winch y, hasta cierto punto, también Putnam— que existen exactamente tantos criterios de verdad como culturas. Sabe que hay en la historia tradiciones que se funden y confluyen, y otras que divergen. Pero, sobre todo a partir de 1983, desde *Solidaridad y objetividad*, la defensa de una comunicación entre las diferentes culturas, por imperfecta que ésta sea, comienza a resquebrajarse y Rorty se desplaza cada vez más hacia un etnocentrismo en el que —como Gadamer con la tradición— parecemos cada vez más atrapados.

¿Cuál es entonces la solución de Rorty? En *La filosofía y el espejo de la naturaleza* aquella del discurso "edificante" (en el doble sentido arquitectónico y moral), sobre las formas, sobre la "conversación de la humanidad", que se entrecruza constantemente y se transforman de modo tal, que aquellos que aparecen en el tiempo como los mentes más sanas, en realidad, resquebrajan problemas diferentes, signados por contextos de pertenencia. La edificación debe entenderse como actividad esencialmente poética, constante creadora de nexos, que se proyectan, también, como mensajes de sentido fuera de la comunidad de pertenencia. Usando una terminología derivada de Willam James, Rorty pretende volverla "fluida" o "fluyente"; a la manera del *steam of consciousness*, aunque para él, la edificación, de ningún modo excluye el acto preli-

Las elecciones y el desencanto

¿Crisis de la política?

Juan Carlos Portantiero



El tema de la declinación de los partidos como forma de mediación de los intereses recorre a las culturas políticas de Occidente desde hace ya un tiempo. Coincidió, en buena medida, con la crisis de las coaliciones que sostuvieron en su momento a las diversas expresiones del Estado de Bienestar. Superado el encantamiento que producen inicialmente las transiciones democráticas una ola similar de crisis de la política parece tocarle ahora a nuestro continente.

Argentina, Brasil y Perú están transitando ahora por esa vía. A veces de forma grotesca. El empresario y animador televisivo Silvio Santos aparecía como favorito en las encuestas presidenciales brasileñas. Finalmente, un traspás administrativo le impidió presentarse. Más suerte tuvo su colega peruano, Ricardo Belmont, quién ganó, con el 40% de los sufragios la decisiva alcaldía de Lima. Espalter, un cómico uruguayo, encarnando a un falso candidato que formulaba delirantes promesas, reunía mucha gente en las plazas. El fenómeno merece ser analizado pues más allá de las formas paródicas recién citadas, es evidente que el suceso de Collor de Melo, de Vargas Llosa y aún de Menem tiene que ver con que ellos presentan frente al electorado la imagen más alejada de la política tradicional. Hay, sin duda una enorme desconfianza colectiva frente a los partidos y a los aparatos, frente a las instituciones representativas; en general frente a todos los dispositivos de la formalidad democrática. ¿Habrá llegado el momento del desencanto ante sistemas débiles que no satisfacen expectativas? ¿Se estará incubando entre nosotros el huevo de la serpiente?

La repercusión de estos motivos ha sido muy acelerada en la Argentina, como lo demuestran últimas y recientes elecciones provinciales. Salvo en la localidad de San Lorenzo, en donde el peronismo revalidó sus títulos, tanto en Tucumán, cuanto en dos importantes ciudades como Santa Fe y Rosario, el justicialismo y el radicalismo fueron batidos por terceras fuerzas. Bussi ya había mostrado sus años el 14 de mayo pasado y ese mismo día otro protagonista de la dictadura, el coronel Ruiz Palacios, había ganado, ante la sorpresa general, la intendencia de Resistencia, con un mensaje mesiánico y antipolítico que analizamos en otras páginas de esta edición de LA CIUDAD FUTURA.

Una primera entrada a la cuestión lo que debe indicar es que se trata de un problema complejo que se resiste a las simplificaciones. Cuando el 5 de noviembre la noche se recibían las noticias del triunfo de Bussi en Tucumán, la provincia en la que había implantado el orden de los sepulcros, un enorme y frío desasosiego recorrió al espinazo democrático de la república. ¿Veniría desde Tucumán la primera gran reivindicación del fatídico Proceso? Lamentablemente, con su habitual desenfado, el presidente Menem parecía convalidar esa hipótesis. "Algunas cuestiones —dijo entonces— tenemos en común con Bussi. La necesidad de crear un nuevo movimiento nacional donde no se excluya a nadie, la

pacificación nacional y el olvido de lo sucedido durante los años de dictadura". Obsesionado por su convicción de que la UCR es el principal enemigo, sumó los votos de Bussi a los del justicialismo y a los de la UCD y se tranquilizó pensando que se había dado una convergencia del noventa por ciento. Por suerte Oraldo Britos, que había organizado la campaña electoral en la provincia, y en general la desvalida fracción revaloradora del peronismo, descreyeron de esa aritmética fácil y peligrosa.

El 27 de noviembre un hecho electoral de signo inverso vino a confirmar la crisis de los grandes partidos. La Unidad Socialista triunfaba en Rosario y llevaba a Héctor Cavallero a la intendencia. De manera aún más contundente la democracia progresista revalidaba viejos lauros en la capital provincial, dejando muy lejos a peronistas y todavía más a radicales. Con todo lo auspicio que para nosotros tiene el triunfo socialista en Rosario, habríamos de engañarnos si no lo ubicáramos en su justa medida. Del mismo modo que sería apresurado creer que Tucumán es la cabecera de playa de la reinvención de la dictadura, el triunfo de la Unidad Socialista en Rosario no es necesariamente la antelata de una expansión de la izquierda democrática en todo el país. Ambos hechos fueron, sobre todo, un vehículo para que se canalizara la insatisfacción colectiva.

El tema decisivo es, pues, esa insatisfacción y no —todavía al menos— la forma en que ella se expresa. Esa insatisfacción aparece bajo la forma de repudio a los grandes aparatos y como premio a formaciones locales capaces de castigar al peronismo sin favorecer al radicalismo. Lo que el electorado quiso decir es que busca librarse del movimiento pendular de la gran política, de la atracción sucesiva hacia los protagonistas principales de un bipartidismo que se creyó consolidado en este primer tramo de la transición democrática. Ese esquema es el que

está en cuestión y es bueno que así sea. Por cierto que no son lo mismo Bussi y su neofascismo vernáculo que el éxito en Rosario del socialismo. Son extremos opuestos pero que coinciden en la pelea por un espacio: el que va dejando libre la insatisfacción por la política tradicional.

Está claro que ese desencanto, que ese disgusto masivo se vincula con la incapacidad que la flamante democracia ha mostrado para hacerse cargo de los grandes problemas de la cotidianidad. Podría decirse que transformar la gestión de una crisis tan fenomenal como la que padecemos en una esperanza colectiva excede en mucho la capacidad de fuerzas tan invertidas como las dos que han ocupado el centro del sistema. Pero eso no es consuelo para una comunidad desvalida, que para mayor desgracia asiste (o asistía) a un triunfalismo vacío de políticos más preocupados por sus "internas" que por la vida cada vez más infeliz de la gente común. El tema es delicado, porque si bien romper un bipartidismo del ochenta por ciento puede ser útil para la democracia y para su voluntad de transformación, que los grandes referentes nacionales se hagan trizas sin ninguna capacidad imaginativa puede generar vacíos peligrosos. Y si el "caso" del radicalismo es grave, no lo es menos —por la aceleración de su deterioro— el del peronismo. El radicalismo, que a partir de 1982 produjo una mutación insólita, no debería subestimar el síndrome de Belaunde Terry, de Adolfo Suárez, del MDB brasileño; seguramente el de Alan García y el aprismo en los próximos días de Perú. ¿Y el peronismo? Menem lo sometió a una pérdida de identidad peligrosa desde el día que asumió el gobierno. Es indudable que, de manera serpenteante y cruel, una grave intuición colectiva lo está horadando; que está trampeando un contrato electoral. Cada vez, valen menos los ges-

tos simpáticos, las hazañas deportivas, la bonhomía provinciana, imágenes todas ellas trituradas por la dureza de los "ajustes" y el canibalismo interno.

Es urgente que radicalismo y peronismo arreglen sus cuentas frente a la nueva situación que las últimas elecciones están planteando a gritos. No estaría mal que advirtieran que la gobernabilidad democrática pasa por acuerdos de sistema que ellos deben protagonizar y que un pacto de transformación, como el que necesita esta sociedad, los debe contar (a ellos o a fracciones importantes de ellos) como actores significativos. Me parece apresurado creer que el bipartidismo ha muerto en la Argentina; el voto entre nosotros es más estructurado que en otras sociedades latinoamericanas (pienso en la volatilidad de las electorales preferencias brasileñas, por ejemplo), pero serían necios si no advirtieran las señales que la sociedad está enviando. Es la forma de la política la que está en crisis; el narcisismo de los partidos; la creencia de que el control de los aparatos burocráticos otorga impunidad. Por eso, el rasgo primero del rechazo social toma las formas de crítica moral: a la corrupción, al internismo y al aparatismo, al desdén por los contratos electorales. El desencanto es, por naturaleza, ambiguo. Sus contenidos vienen después; alguien debe transmutar el rechazo ético en propuesta política.

Escribiendo sobre la España de la transición, Ludolfo Paramio señalaba en 1982: "el discurso desencantado interpela a los ciudadanos en cuanto gente común ajena y contraria a los poderes, a los que gobiernan. Esto es precisamente su fuerza, pues puede aglutinar todo descontento ante las realizaciones del gobierno democrático". ¡Este es el tema. Como socialistas, el triunfo de Rosario abre para nosotros una enorme esperanza: la de haberroto, después de años, un "ghetto" de indiferencia. Pero, ¿cómo hacer para lograr que ese punto de partida se expanda? ¿Para que no sea una expresión local de ese desencanto más moral que político? En los lejanos sesenta, el socialismo triunfó, insólitamente en una comuna santiagueña, la de Añutuya. Era un éxito puntual que no se repitió luego, pero generó —recuerdo— un desproporcionado triunfalismo. Es bueno que de una buena vez la idea de la victoria penetre entre nosotros, pero no lo es lo haga de manera acrítica. En medio de los graves problemas que afectan al radicalismo y al peronismo, el socialismo puede ser —en la ambigüedad del desencanto— un punto de atracción colectiva. Pero deberá transformarse en referencia positiva de gobierno y no sólo de rechazo ético a lo que se presenta como corrupción o ineficiencia. El desafío está abierto, para la democracia que no puede prescindir todavía de los grandes partidos, pero que tampoco podrá consolidarse sólo con ellos y que en esta época de cambios deberá tener en un renovado socialismo un impulso formidable.

"La crisis de un discurso mágico: el desencanto de la política en la España postfranquista", (mimeo), 1982.